



Anónimo

Testamento de
Salomón

E LEJANDRIA



Anónimo

Testamento de
Salomón

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

TESTAMENTO DE SALOMÓN

ANÓNIMO

PUBLICADO: SIGLO I

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA Y TRADUCIDO DEL GRIEGO
ANTIGUO POR F. C. CONYBEARE.**

**EDICIÓN ORIGINAL: ATRIBUIDO A SALOMÓN, THE JEWISH
QUARTERLY REVIEW, 1898**

TESTAMENTO DE SALOMÓN (1898)

OBSERVACIONES PRELIMINARES

El Testamento de Salomón, traducido en las páginas siguientes, fue publicado en un volumen de *anecdota* por Fleck en el año 1837. Este volumen es el cuarto y último de su obra titulada *Wissenschaftliche Reise durch Deutschland, Italien, &c.* Siete años más tarde, en 1844, Bornemann realizó una traducción alemana en las páginas de la *Zeitschrift für die histor. Theologie*, III, pp. 9-56. Dicha traducción es exacta, y le debo mucho a las notas a pie de página que la acompañan. El mismo estudioso publicó un ensayo titulado *Conjectanea in Salomonis Testamentum* en una publicación seriada llamada *Studien von Geistlichen des Königr. Sachsen*, en su segundo año, 1843, pp. 45-60, y cuarto año, pp. 28-69. Esta última obra no se encuentra en la Biblioteca Bodleiana, y lamento no haberla podido consultar. En el *Orient* de Fürst apareció una reimpresión del texto griego de Fleck, acompañada de una traducción alemana.

Los pocos eruditos que la han examinado la han considerado una obra cristiana escrita quizás tan tarde como el siglo V de nuestra era. Y en este prefacio a mi traducción me limitaré a examinar los fundamentos de esta opinión.

El argumento del Testamento es el siguiente. El rey Salomón se halla ocupado en la edificación del Templo, y en él mora un poder sobrenatural: la sabiduría, llamada también el espíritu y la gloria de Dios. En virtud de la inmanencia en él de este poder, Salomón domina a los espíritus del aire, de la superficie de la tierra y del inframundo. El Testamento se abre de manera bastante abrupta con la irrupción del espíritu vampírico Ornias sobre el siervo de Salomón. Salomón entra en el Templo casi concluido y ora al Señor Sabaoth pidiendo auxilio. La gracia le es concedida, y el arcángel Miguel le trae un anillo cuya piedra lleva grabada una pentalfa. Este anillo otorga a su poseedor dominio sobre todos los demonios.

Armado con él, Salomón convoca ante sí a todos los demonios y pregunta a cada uno, por turno, su nombre, así como el nombre del astro, constelación o signo zodiacal, y el del ángel particular a cuya influencia está sometido cada uno. Uno tras otro, los espíritus son vencidos y obligados por Salomón a colaborar en la construcción del Templo. Ornias es el primer demonio en comparecer, y es puesto a cortar piedras. A continuación aparece Belzebú, príncipe y exarca de los demonios, quien promete hacer desfilar ante Salomón a todos sus espíritus súbditos, y así lo hace, comenzando por Onoskelis. Asmodeo sigue a Onoskelis y da cuenta de sí mismo de un modo que concuerda con el libro de Tobías. Belzebú reaparece en escena y, en diálogo con Salomón, declara ser el único superviviente de los ángeles que (como afirma Enoc) descendieron del cielo. Reina sobre todos los que están en el Tártaro y tiene un hijo en el mar Rojo. Está sometido a Emanuel y a Eleeth. A continuación aparece el demonio de las cenizas, Tefras, sujeto al arcángel Azael; y tras él, un grupo de siete espíritus femeninos que se declaran pertenecientes a los treinta y seis elementos (στοιχεῖα) del cosmocrátor o rector cósmico de las tinieblas. Corresponden a las Pléyades. Le sigue un demonio acéfalo, sometido únicamente al rayo. Tras este aparece un espíritu

con apariencia de perro, llamado Rabdos o Bastón, que revela a Salomón el paradero de una piedra verde, útil para el ornamento del Templo. A continuación se presenta un demonio con forma de león, llamado Leóforos, que inflige enfermedades a los hombres y tiene también legiones de espíritus a su mando. Ha de ser vencido por Emanuel, el grande entre los hombres, que padecerá mucho a manos de los hombres, pero precipitará a este espíritu maligno en particular al agua junto con sus legiones.

Un dragón de tres cabezas, Korifé, aparece a continuación, y es deshecho por el ángel del gran consejo que ha de morar en la cruz. Le sigue un espíritu femenino, Obizut, todo cabeza y sin miembros, en quien reconocemos a la Medusa de la leyenda griega. Tras ella aparece un espíritu con cabeza de hombre y cuerpo de dragón alado.

Enepsigos, un demonio femenino de dos cabezas, aparece a continuación; los sabios lo invocan como Cronos, y profetiza a Salomón la destrucción de su reino y su Templo a manos de persas, medos y caldeos. En ese cataclismo, los recipientes en que Salomón encierra a los espíritus malignos serán rotos, y estos vagabundearán por el mundo «hasta que el Hijo de Dios sea extendido en la cruz, rey que domina a todos los espíritus, concebido por su madre sin contacto con varón. A él tratará de tentarle el primer diablo, pero no prevalecerá sobre él, y el número de su nombre es 644, que es Emanuel».

Aparece a continuación un demonio, mitad caballo y mitad pez, en quien podemos reconocer a Poseidón, seguido de uno de forma humana, descendiente de uno de los antiguos gigantes. Él mismo afirma que lo destruirá el Salvador, un hombre cuyo nombre, si se escribe en la frente, lo aterroriza y ahuyenta.

Ahora por fin comparecen los treinta y seis *stoicheia* o elementos, los cosmocratores o rectores del mundo de estas tinieblas. Son los decanos de los doce signos zodiacales y, aunque de forma humana, tienen cabezas y rostros de perros, asnos, bueyes y aves. Cada uno de ellos preside una región del cuerpo humano e inflige

enfermedades en esa región; cada uno tiene un ángel que puede neutralizar su influjo maligno. Algunos de ellos requieren que los nombres de varios ángeles se escriban en papel y se lleven como amuleto quienes quieran estar a salvo de su influencia.

Cuando estos treinta y seis espíritus han sido apresados o puestos a trabajar, Ornias reaparece y predice la muerte de un joven en tres días. La profecía se cumple y es ocasión para un discurso de Ornias, en el que explica a Salomón cómo los demonios se elevan al firmamento del cielo y allí escuchan las sentencias pronunciadas sobre las almas de los hombres; cómo descienden enseguida y ejecutan esas sentencias, o bien se aparecen a los hombres y hacen que estos los adoren. Tales demonios caen de cuando en cuando como relámpagos del cielo, donde no tienen punto de apoyo; y los hombres, al verlos caer, se imaginan que son estrellas que se precipitan desde el firmamento.

Viene después la visita de la reina del Sur a Salomón, y luego el episodio de Adares, rey de Arabia. Este está oprimido por un demonio, Efippas, cuyo aliento abrasador devasta su tierra. El demonio es atrapado gracias al anillo mágico en un odre de piel y llevado al Templo, donde es utilizado para colocar en su sitio la piedra angular de la cabecera, que los obreros habían abandonado por su peso.

Efippas declara estar sometido al único Dios soberano, que ha de nacer de una virgen y ser crucificado por los judíos, y a quien adoran ángeles y arcángeles. El mismo demonio, tras elevar la piedra angular a su lugar, ayuda al demonio del mar Rojo, Abezitibod, hijo de Belzebú, a sacar de aquel mar una enorme columna y alzarla en el Templo, donde aún hoy permanece suspendida en el aire, sostenida por estos dos espíritus. Este espíritu fue invocado en otro tiempo por Jannes y Jambres contra Moisés, pero, confinado luego bajo el pilar o columna, había permanecido en el mar Rojo hasta que Efippas, por orden de Salomón, lo sacó de allí.

El episodio final del Testamento es la caída de Salomón. Arrastrado por la pasión hacia una sunamita, sacrifica langostas a

Moloc. Al instante, el Espíritu de Dios lo abandona; Salomón queda debilitado, y construye templos a Baal, Rafán y Moloc.

Si es cierto que en este notable documento hallamos algunos elementos cristianos, está igualmente claro que tenemos aún más materia que cabe describir con mayor propiedad como judía y gnóstica. Los pasajes siguientes demuestran la influencia cristiana. Los doy en el griego original, indicando las páginas de la edición de Fleck:

P. 124. ἔχω δὲ τὰς ὑποτεταγμένας μοι λεγεῶνας· δεκτικὸν εἶμι τοῖς τόπας· ἅμα δὲ τοῖς πᾶσι δαίμοσι τοῖς τῶν ὑπ' ἐμέ λεγεῶνων. (Véase más abajo, § 51.)

P. 124. εἶπε δέ μοι τὸ πνεῦμα ὁ μέγαλις ἀνθρώποις ἔχων πολλὰ παθεῖν ὑπὸ ἀνθρώπων, οὗ τὸ ὄνομα ψῆφος χμδ, ὃ ἐστὶν ἐμμανουήλ, ὃς καὶ δέσμουσεν ἡμᾶς, ὃς καὶ τότε ἐλευσόμενος κατα' τοῦ ὕδατος κρημνοβαπτίσει ἡμᾶς. (Véase más abajo, § 52.)

P. 124. ὑποσημειουμένης τῆς Ἱερουσαλήμ εἰς τὸν λεγόμενον τόπον κεφάλαιον. ἐκεῖ γὰρ προώριστο ὁ ἄγγελος τῆς μεγάλης βουλής· καὶ νῦν φανερώς τ' ἐπὶ ζύλου οἰκήσει. (Véase más abajo, § 54.)

P. 127. πλανήσομεν πᾶσαν τὴν οἰκουμένην μεχρὶ πολλοῦ καιροῦ, ἕως τοῦ θεοῦ ὁ υἱὸς τανυσθῆ ἐπὶ ξύλου· καὶ οὐκέτι γὰρ γίνεται τοιοῦτος βασιλεὺς ὅμοιος αὐτῷ, ὁ πάντας ἡμᾶς καταργῶν, οὗ ἡ μήτηρ ἀνδρὶ οὗ μιγήσεται, καὶ τίς λάβη τοιαύτην ἐξουσίαν κατὰ πνευμάτων, εἰ μὴ ἐκεῖνος, ὃν ὁ πρῶτος διάβολος πειράσαι ζητήσῃ καὶ οὐκ ἰσχύσει πρὸς αὐτόν· οὗ ἡ ψῆφος τοῦ ὀνόματος χμδ, ὃ ἐστὶν ἐμμανονήλ. (Véase más abajo, § 65.)

P. 129. ἐμέ καταργεῖ ὁ μέλλων σωτὴρ γενέσθαι ἄνθρωπος, οὗ τὸ στοιχεῖον ἐν τῷ μετώπῳ εἶ τις ἐπιγράψει ἠττήσῃ με. (Véase más abajo, § 71.)

P. 138. ὁ μονάρχης θεός, ὁ ἔχων ἐξουσίαν κατ' ἐμοῦ καὶ ἀκούεσθαι, ὁ διὰ παρθένου μέλλων γεννᾶσθαι, καὶ ὑπὸ Ἰουδαίων σταυρωθῆναι ἐπὶ ξύλου· ὃν προσκυνοῦσιν ἄγγελοι, ἀρχάγγελοι. ἐκεῖνός με καταργεῖ. (Véase más abajo, § 122.)

Además de estos pasajes más extensos, a lo largo de todo el Testamento aparecen numerosas expresiones de sabor neotestamentario, como demuestran los usos siguientes, que cito en el orden en que se presentan, y la mayor parte de los cuales menciono en mis notas a pie de página, bajo la traducción:

ὑπέταξε — ἀερίων ἐπιγείων καὶ καταχθονίων — ἐξουσίαι — καταργοῦνται — χαλεπὸν πνεῦμα — ἐκραύγασε λέγων — ἀνέκραξε φωνῇ μεγάλη — τὸν ἄρχοντα τῶν δαιμονίων — ἀκάθαρτα πνεύματα — μὴ με κατακρίνης εἰς ὕδωρ — σιώπα μοι ἕως τούτου — ἐν ποιῶ ὀνόματι — ὁμοθυμαδὸν ἐν ἐνὶ στόματι — πρὸς τοὺς κοσμοκράτορας — βασανίζεις — ἀναμετρητῶν β̄ — ὁμοθυμαδὸν μιᾷ φωνῇ — κοσμοκράτορες τοῦ σκότους — Satanás caído del cielo — ἀκρογωνιαῖος λίθος κ.τ.λ. — πτερύγιον τοῦ ναοῦ — «mover montañas».

Asimismo, en la p. 124 de Fleck, el demonio dice *καὶ ποιῶ καταπίπτειν καὶ ἀφρίζειν καὶ τρίζειν τοὺς ὀδόντας*. Del mismo modo, en Mc 9, 18 se dice del *πνεῦμα ἄλαλον* que, cada vez que se apoderaba del muchacho, *ρήσσει αὐτόν, καὶ ἀφρίζει καὶ τρίζει τοὺς ὀδόντας αὐτοῦ καὶ χηραίνεται*. ¿Hemos de suponer que el autor del Testamento imita aquí el texto griego del Nuevo Testamento? De modo semejante, en la p. 136 encontramos el pasaje: *καὶ ἐγένετο ἐν τῷ εἶναί με ἐν τῇ βασιλείᾳ μου, ἀπέστειλέ μοι ἐπιστολήν ὁ βασιλεὺς*. Tenemos aquí un aramaismo muy frecuente en Lucas, y que aparece, aunque raramente, también en Mateo y Marcos. En realidad no hay razón alguna para suponer que alguna de estas expresiones sea una imitación del Nuevo Testamento. Es igualmente probable que el autor del documento fuera un judío helenístico que empleaba de manera natural la misma fraseología e idiotismos que los autores del Nuevo Testamento. No tiene el aire de imitar otro documento; y si hubiera escrito con los Evangelios ante él como modelo, los habría imitado de modo más inequívoco.

Ni siquiera la expresión *κοσμοκράτορες τοῦ σκότους* (§ 72), a pesar de su reaparición en Pablo (Ef 6, 12), puede considerarse importada de Pablo al Testamento. Pues Pablo no hace sino aludir

brevemente a un sistema de creencias que el Testamento nos expone con gran detalle. Celso, en su obra contra la religión cristiana, escrita hacia el año 170 d. C. y posteriormente refutada por Orígenes[1], ofreció una descripción de los treinta y seis decanos rectores del mundo idéntica a la del Testamento en todos sus aspectos salvo uno: él usaba los nombres coptos o egipcios de los decanos, mientras que el Testamento emplea nombres hebreos de imitación. El pasaje siguiente de un antiguo escritor latino exhibe la misma creencia; y en él, como en el Testamento, los poderes sobrenaturales se denominan *decani*, es decir, señores de diez grados del círculo zodiacal:

Julii Firmici Materni, Matheseos; recens Car. Sittl. ed. Teubner, 1894, lib. iv. 21:

§ 2. *Singula signa in libro institutionis ternos habere decanos diximus; sunt autem decani ipsi magni numinis ac potestatis, et per ipsos omnia prospera et omnia infortunia decernuntur. Sic et Nechipso, iustissimus Aegypti imperator et astronomus valde bonus, [et] per ipsos decanos omnia vitia valetudinesque collegit ostendens, quam valetudinem qui decanus efficeret et, quia natura alia natura vincitur et quia deum frequenter alius deus vincit, ex contrariis naturis et ex contrariis potestatibus omnium aegritudinum medelas divinae rationis magisteriis invenit.* § 3. *Triginta sex itaque decani omnem zodiaci possident circulum et per xii signorum numerus id est decanorum dividitur.*

El siguiente es el pasaje de Celso al que se ha hecho referencia más arriba. Defiende el culto a los demonios, que el cristianismo ponía en peligro:

Que entre estos demonios, hasta los más ínfimos, existe alguno al que se ha dado cierta autoridad (*ἐξουσία*), puede aprenderlo cualquiera de lo que dicen los egipcios: que treinta y seis demonios, o algo así como dioses etéreos, han repartido entre sí el cuerpo del hombre, dividido en igual número de partes. Algunos dicen que el número de estos demonios es mucho mayor. Un demonio, pues, es designado para cuidar de una parte, y otro de otra distinta. Sus

nombres los conocen en la lengua local (es decir, en copto): por ejemplo, Jnumen, y Jnakumen, y Jnat, y Sicat, y Bion, y Eron, y Erebian, y Ramanor, y Reianoor, y los demás nombres propios de su lengua. Y, naturalmente, invocando a estos demonios, curan los padecimientos de las diversas partes del cuerpo.

Celso saca la conclusión de que, si deseamos la salud, debemos propiciar a estos treinta y seis poderes invisibles. Orígenes responde que, puesto que «en el nombre de Jesús se doblará toda rodilla, de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra», los cristianos no tienen necesidad de consultar a esta turba de demonios, sino tan solo de confiar en el Dios vivo. El camino que indica el Testamento de Salomón es más bien diferente. Debemos conocer el nombre del ángel particular que puede ahuyentar a cada demonio particular y, con la ayuda de esos nombres y de ciertos amuletos e invocaciones, apañarnos. El uso exclusivo del nombre de Jesucristo o del Dios vivo no es aquí propugnado por el Testamento, como sí lo hace Orígenes. Resulta evidente que el cristianismo del Testamento, si es que fue originalmente cristiano del todo, es de un tipo muy distinto al de Orígenes. El verdadero análogo de la fe que aquí se revela ha de buscarse entre los esenios palestinos, que atesoraban como saber secreto «los nombres de los ángeles», de tal modo que el neófito, al ingresar en su orden, juraba no revelarlos (Josefo, *De Bello Iud.*, II, 142). Esos mismos esenios poseían gran habilidad como curanderos, pues habían buscado y hallado raíces y propiedades de piedras que prevenían las enfermedades. La sección entera del Testamento en la que se enumeran estos treinta y seis decanos, sus funciones y los ángeles que los contrarrestan no tiene nada de cristiano. La coincidencia con la epístola de Pablo debe atribuirse, por tanto, al hecho de que este y el autor del Testamento compartían, en cuanto judíos, un mismo acervo de creencias demonológicas.

Estos treinta y seis rectores del mundo tienen, según leemos en el Testamento, cabezas con forma de perros, asnos, bueyes y aves. Así también en un pasaje de Celso que Orígenes (VI, 33) cita, aprendemos que las formas de los rectores del mundo[2] eran las de

leones, bueyes, dragones, águilas, osos o perros. Tal es el círculo de superstición en que se mueve el autor del Testamento. Cuando el Testamento llama a estos treinta y seis cosmocratores con el nombre de elementos, *stoicheia*, aclara varios pasajes enigmáticos de las epístolas de Pablo; por ejemplo, Gal 4, 3: «Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los elementos (*stoicheia*) del mundo; pero cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo ... para rescatar a los que estaban bajo la ley». De nuevo, en Gal 4, 9, Pablo exhorta a sus convertidos, que ahora han llegado a conocer a Dios y a ser conocidos de él, a no volver atrás a esos elementos (*stoicheia*) débiles y pobres, a los que desean someterse de nuevo. Y señala significativamente que los que regresan a estos elementos «guardan días, meses, estaciones y años». A lo largo de este pasaje, Pablo tiene en mente la arraigada creencia astrológica en los doce signos zodiacales y sus treinta y seis decanos, que gobernaban la vida y la conducta humanas. Estos eran los poderes que, según Celso (Orígenes, *c. Celsum*, VIII, 58), tenían verdadera autoridad, *exousia* (el término paulino), sobre el hombre. «Intentáis», responde Orígenes, «someter de nuevo nuestras almas al dominio de los demonios, que pretendéis tienen nuestros cuerpos como su lote». «Mirad», exclama en la sección siguiente (59), «cómo Celso nos aparta de la fe en el Dios universal a través de Jesucristo, y nos llama a creer, por el bien de la salud de nuestros cuerpos, en seis y treinta bárbaros demonios[3], para quienes los magos de los egipcios, y nadie más, encuentran no sé qué nombres, y nos prometen prosperidad. Ha llegado el momento, según Celso, de que nos dediquemos a la magia y al engaño[4] en lugar de ser cristianos». La observancia de días y meses, de estaciones y años, que Pablo lamenta en este contexto entre sus convertidos de Galacia, queda además aclarada por Julio Fírmico, a quien Salmasio[5] resume así:

Climacterici vero dies sunt, in quibus pericula ex morbis aut ex casibus qui extrinsecus eveniunt vitae nostrae intentantur, quibusque in discrimen et metum interitus adducitur ac pene subvertitur. Et climacteres illos sive pericula, quae annis vel diebus climactericis vel

etiam horis inde appellatis accidunt, a Decanis fieri crediderunt, ut dictum est, et per ipsos Decanos omnia vitia valetudinesque colligebant antiquissimi Aegyptii, ut ex Firmico supra docuimus.

El propio Pablo creía en la realidad de estos poderes invisibles, que hacían funestos los días y las horas, e incluso los años, mediante su influjo maligno. En Jesucristo, el profeta del único Dios, encontró un poder superior que lo amparaba a él y a sus convertidos contra ellos. La fe en el Salvador y la invocación de su nombre bastaban para frustrar a todos los seres demoníacos que, en la convicción de Pablo, amenazaban a los hombres al tiempo que regían su vida y sus circunstancias.

La leyenda de la piedra angular tampoco puede, menos aún que el pasaje del Testamento que acabamos de examinar, haber sido inspirada por el Nuevo Testamento, aunque el Sal 118, 22 e Is 28, 16 se combinan en 1 Pe 2, 6-7 exactamente de la misma manera. Los pasajes del Nuevo Testamento en que la piedra angular es interpretada como el Mesías no podrían haber sugerido una leyenda que les es en todo contraria. Si existe alguna relación, ha de ser el Testamento el que está detrás del Nuevo Testamento, y no al revés. Del mismo modo, el Testamento nos proporciona la clave de las palabras de Lc 10, 18, en que Jesús declara haber visto a Satanás caer del cielo como un rayo. Y las demás aproximaciones al léxico y al pensamiento del Nuevo Testamento deben considerarse bajo una luz semejante. El Testamento es, en realidad, independiente del Nuevo Testamento, pero nos abre ante los ojos una región análoga de creencias y fraseología grecojudías. La referencia al apócrifo perdido de Jannes y Jambres podría pertenecer perfectamente al siglo I, cuando ese libro se hallaba en manos de escritores cristianos. Lo mismo puede decirse de la mención de los ángeles caídos y su descendencia, de los tres o más cielos, de los hijos de los gigantes, de los once eones. Muchas de estas ideas proceden de la literatura de Enoc, tan popular en la más temprana época de la Iglesia.

¿Cómo han de considerarse, pues, los pasajes más extensos que hemos citado arriba en griego original? Son, por supuesto, de carácter cristiano, pero no de una manera que implique una dependencia literaria respecto del Nuevo Testamento. Los dos primeros pertenecen al mismo contexto y contienen una alusión al milagro de Gadara, una de las leyendas más antiguas y características de la triple tradición. La alusión no es de tal índole que implique nuestro texto evangélico en su forma actual, sino que refleja más bien la tradición oral que lo precedió.

El tercer pasaje está tan corrompido que resulta casi ininteligible. Y el pasaje sobre Jerusalén que comienza con «quedando señalada Jerusalén» tiene todo el aspecto de una glosa que se ha infiltrado en el texto.

El cuarto pasaje, de la p. 127 del texto de Fleck, tiene un tono inequívocamente cristiano e implica la doctrina de la madre virgen. La palabra *τανυσθείς* no se usa para la crucifixión en el Nuevo Testamento, aunque aparece con este sentido en escritores del siglo II. El apócrifo Libro de Salomón, utilizado por Lactancio en sus *Instituciones*, era tan cristiano como para hablar tanto del nacimiento de Emanuel de una virgen como de la crucifixión.

En el quinto pasaje se afirma la humanidad del Salvador; mientras que en el octavo (de la p. 138 del texto de Fleck) se lo declara Dios único soberano, que ha de nacer de una virgen, ser crucificado en un madero por los judíos, y a quien adoran ángeles y arcángeles. El mismo patripasionismo caracteriza los Testamentos de los Doce Patriarcas, especialmente el de Leví, cuyo capítulo 4 habla de la crucifixión como de la pasión del Altísimo. En un exorcismo publicado por Dieterich (*Abaxas*, p. 138), Jesús es llamado de la misma manera «el Dios de los hebreos». Este exorcismo se encuentra en el Papiro de París, 3009; y en el mismo documento hallamos lo siguiente: «Conjuro a todo espíritu de demonio, sea el que sea, que diga lo que es. Pues te conjuro por el anillo que Salomón puso sobre la lengua de Jeremías». Y un poco más abajo encontramos una alusión a los santos eones, y una exhortación final

a no comer carne de cerdo como condición para poder dominar a los demonios. Este papiro pertenece a esa literatura de conjuros e invocaciones que no puede llamarse exclusivamente cristiana ni judía, sino que formaba los márgenes de ambas religiones. Apenas necesitamos afirmar que el Testamento de Salomón es una obra cristiana, a menos que afirmemos lo mismo de este papiro, que Dieterich atribuye a una época precristiana.

En los Testamentos de los Doce Patriarcas tenemos la misma mezcla de cristianismo equívoco con judaísmo inequívoco. Es probable que en ambos tengamos una recensión cristiana de un libro judío. ¿Es posible, pues, que el Testamento, en su forma original, fuera la misma colección de conjuros que, según Josefo, compuso y legó Salomón? El pasaje se halla en sus *Antigüedades*, VIII, 2, 5:

Dios le concedió también aprender el arte de vencer a los demonios para ayuda y curación de los hombres. Y compuso conjuros con los que se aplacan las enfermedades, y modos de exorcismo mediante los cuales las personas poseídas pueden expulsar a los demonios de tal modo que no vuelvan. Y esta terapia, incluso hasta hoy, tiene el mayor poder entre nosotros.

Josefo prosigue relatando cómo un compatriota suyo, llamado Eleazar, había extraído un demonio de un hombre poseído acercando a su nariz un anillo que llevaba bajo el sello una de las raíces reveladas por Salomón. El poseído la olió, y cayó al suelo; y Eleazar conjuró al demonio, al abandonar las narices del hombre, a no volver a entrar en él jamás, mencionando a Salomón y recitando sobre él los conjuros que este compuso. «Este episodio», concluye Josefo, «fue una prueba palmaria de la comprensión y la sabiduría[6] de Salomón». Todo esto concuerda bastante bien con el Testamento, pues en él se describe el anillo enviado del cielo, y el dominio de Salomón sobre los demonios se atribuye a la *sophia* o sabiduría que Dios le ha comunicado. Los conjuros prescritos contra los cosmocratores pueden muy bien ser los particulares que Josefo conocía y atribuía a Salomón.

No es posible determinar cuándo ni dónde fueron incorporados al Testamento los elementos cristianos presentes en él, pero el énfasis en el nombre Emanuel y su valor numérico, en la escritura del nombre en la frente, el uso de *τανυσθεις*, las concepciones patripasionistas, todo tiene un aire muy arcaico, y parece pertenecer a hacia el año 100 d. C. Las figuras demonológicas que se nos presentan son las que Celso conocía, y en el sexto libro de Orígenes, capítulo 30, hallamos una pista sobre la clase de cristianos cuyas almas pudieron haberse sentido satisfechas con el Testamento de Salomón. Orígenes escribió lo siguiente:

A continuación, Celso vuelve al asunto de los siete demonios rectores, aunque los cristianos nunca los mencionan; son aceptados, creo yo, por los ofitas. Y en efecto, he encontrado en un diagrama, que yo también obtuve a través de estos últimos, su orden (*taxis*) expuesto de acuerdo con la descripción de Celso. Pues Celso declara que «el primero tenía forma de león», aunque no declara el nombre que estas personas, las más impías de todas, le dan. Yo, sin embargo, he comprobado que ese maldito diagrama[7] afirma que el demonio con forma de león es Miguel, el ángel del Creador alabado en las Sagradas Escrituras. De nuevo, Celso afirma que «el siguiente y segundo tiene forma de buey». Pero el diagrama que yo tenía decía que el de forma de buey era Suriel. Luego Celso nos habla de «un tercer demonio de naturaleza anfibia, que silba de un modo que os hace temblar». Pues bien, el diagrama declara que el que tiene forma de dragón es Rafael. De nuevo, Celso dice que «el cuarto tiene forma de águila»; pero el diagrama llama Gabriel al que tiene forma de águila. A continuación, Celso afirma que «el quinto tiene rostro de oso»; pero el diagrama afirma que el de forma de oso es Tautabaot u Onoel. Sin embargo, en el diagrama que yo tengo consta que se llama Onoel o Tartaraot, y que tiene en realidad forma de asno.

He creído conveniente exponer esto y lo semejante con exactitud, para no parecer ignorante de lo que Celso pretende saber. Pero, como cristiano y como persona con un conocimiento más preciso del asunto que él, debo afirmar que estas no son las doctrinas de los

cristianos, sino de quienes son completamente ajenos a la salvación y en ningún modo profesan que Jesús sea ni Salvador, ni Dios, ni maestro, ni Hijo de Dios.

Resulta claro por lo anterior que Celso había topado con ofitas y otros gnósticos, y había reprendido en su libro a los cristianos en general por sus absurdos. Orígenes niega que fueran en absoluto cristianos quienes se entregaban a semejantes extravagancias, del mismo modo que hoy un miembro de una Iglesia establecida repudiaría todo conocimiento de mormones o shakers. Sea como fuere, la demonología del Testamento se asemeja estrechamente a la de los creyentes que Celso ridiculizaba y Orígenes repudiaba. Es probable, por tanto, que el Testamento fuera el libro predilecto de los ofitas, o de alguna secta análoga que combinaba la fe en Emanuel con una masa de supersticiones judías preexistentes. También se cita como escrito genuino de Salomón en el diálogo griego de Timoteo y Aquila, monumento cristiano de fecha incierta, pero basado en todo caso en un diálogo anterior de mediados del siglo II.

Uno de los mejores comentarios al Testamento son las *Mil y una noches*. Allí, especialmente en la leyenda de la Ciudad de Bronce, encontramos de nuevo el anillo de Salomón y los espíritus encerrados en botellas; en otros de estos cuentos hallamos demonios con forma de dragón envueltos en un torbellino de polvo, la creencia en una *moira* o destino que lleva consigo el poseedor y que se arroja al suelo en ciertas ocasiones. Todas estas y otras creencias afines eran probablemente tan frecuentes entre los judíos de Palestina y Egipto en el siglo I como lo eran entre los árabes en el siglo XIII o incluso en la actualidad. Ni siquiera el intérprete del Nuevo Testamento puede permitirse ignorar este gran repertorio del folclore semita.

No debemos suponer que las herejías perversas inspiradas por Belzebú y el Demonio del Engaño fueran de índole cristiana. Pues también había herejías dentro del judaísmo; y el cristianismo es tan verosímilmente una de las herejías a las que se alude en un

documento judío del siglo I como cualquier otra. Belzebú, padre de las herejías, declara también que «destruye reyes y se alía con tiranos extranjeros». Los tiranos extranjeros podrían ser Tito y Vespasiano, y la referencia a los reyes un recuerdo de la dinastía herodiana.

Para facilitar la consulta, he dividido el Testamento en secciones o breves capítulos; y al final añado un apéndice con todos los nombres y las palabras desconocidas empleadas en los conjuros. Muchos de los nombres de los demonios parecen ser palabras griegas con terminaciones arameas. Los conjuros pueden ser en su mayoría mera jerigonza, pero un orientalista podría detectar en algunos de ellos deformaciones de fórmulas coptas, arameas o persas. Todo demonio, según nos dice Orígenes, debía ser invocado en la lengua que entendía: un demonio griego en griego, un demonio sirio en sirio, y así sucesivamente. Un léxico de todas las palabras insólitas empleadas en las invocaciones de los papiros mágicos y en documentos como este Testamento es una gran necesidad. Pero quizás aún no ha llegado el momento de compilarlo, pues cada año enriquece nuestro acervo de tales documentos.

F. C. Conybeare.

TESTAMENTO DE SALOMÓN

(Traducido del códice de la Biblioteca de París, según la edición de Fleck, *Wissensch. Reise*, bd. ii. abth. 3.)

Título griego:

1. Testamento de Salomón, hijo de David, que fue rey en Jerusalén, y dominó y sometió[8] a todos los espíritus del aire, de la tierra y del inframundo[9]. Por medio de ellos realizó también todas las obras transcendentales del Templo. Dando cuenta también de las potestades[10] que estos ejercen sobre los hombres, y por qué ángeles son neutralizados[11] dichos demonios.

Del sabio Salomón.

Bendito seas, Señor Dios, que diste a Salomón semejante autoridad. Gloria a ti y poder por los siglos. Amén.

2. Y he aquí que, mientras se edificaba el Templo de la ciudad de Jerusalén y los artesanos trabajaban en él, el demonio Ornias vino entre ellos hacia la puesta del sol; y tomó la mitad del salario del pequeño hijo del jefe de obra[12], así como la mitad de su comida. Además, continuaba chupándole el pulgar de la mano derecha cada día. Y el niño se fue consumiendo[13], aunque el rey lo quería entrañablemente.

3. Así que el rey Salomón llamó al niño un día y le preguntó: — ¿Acaso no te quiero más que a todos los artesanos que trabajan en el Templo de Dios? ¿No te doy doble salario y doble ración de comida? ¿Cómo es que día a día y hora a hora te vas poniendo más delgado?

4. Pero el niño dijo al rey: —Te lo ruego, oh rey, escucha lo que le ha sucedido a tu siervo. Cuando terminamos todos de trabajar en el Templo de Dios, al ponerse el sol, cuando me echo a descansar, viene uno de los demonios malvados y me arrebató la mitad del salario y la mitad de la comida. Luego también me coge la mano derecha y me chupa el pulgar. Y ved que mi alma está oprimida, y así mi cuerpo se va consumiendo cada día.

5. Cuando yo, Salomón, oí esto, entré en el Templo de Dios y oré con toda mi alma, de noche y de día, para que el demonio me fuera entregado y yo pudiera obtener autoridad sobre él. Y ocurrió que, gracias a mi oración, el Señor Sabaot[14] me concedió su gracia por medio del arcángel Miguel. [Este me trajo] un pequeño anillo que

llevaba un sello consistente en una piedra grabada, y me dijo: «Toma, Salomón, rey, hijo de David, el don que te ha enviado el Señor Dios, el altísimo Sabaot. Con él encerrarás a todos los demonios de la tierra, varones y hembras; y con su ayuda edificarás Jerusalén. [Pero] debes llevar este sello de Dios. Y el grabado del sello del anillo que te ha sido enviado es una pentealfa[15]».

6. Y yo, Salomón, me alegré sobremanera, y alabé y glorifiqué al Dios del cielo y de la tierra. Y al día siguiente llamé al niño, le di el anillo y le dije: —Toma esto, y a la hora en que el demonio venga a ti, arroja este anillo contra el pecho del demonio y dile: «En el nombre de Dios, el rey Salomón te llama ante él». Y luego corre a mí sin ningún recelo ni temor respecto de lo que puedas oír de parte del demonio.

7. El niño tomó el anillo y se fue; y he aquí que a la hora de costumbre Ornias, el demonio feroz[16], vino como un fuego ardiente a tomar el salario al niño. Pero el niño, conforme a las instrucciones recibidas del rey, arrojó el anillo contra el pecho del demonio y le dijo: «El rey Salomón te llama ante él». Y luego echó a correr hacia el rey. Pero el demonio se puso a dar grandes alaridos[17], diciendo: «Niño, ¿por qué me has hecho esto? Quítame este anillo y te daré el oro de la tierra. Quítamelo y no me llesves ante Salomón».

8. Pero el niño dijo al demonio: —Como vive el Señor Dios de Israel, no cederé ante ti. Así que ven. Y el niño fue corriendo, lleno de alegría, ante el rey, y dijo: —He traído al demonio, oh rey, como me ordenaste, oh señor mío. Y he aquí que está a las puertas del patio de tu palacio, lamentándose y suplicando a voces, ofreciéndome la plata y el oro de la tierra si tan solo no lo traigo ante ti.

9. Cuando Salomón oyó esto, se levantó de su trono, salió al vestíbulo del patio de su palacio y allí vio al demonio, que estremecía y temblaba. Y le dijo: —¿Quién eres tú? Y el demonio respondió: — Me llaman Ornias.

10. Y Salomón le dijo: —Dime, demonio, a qué signo zodiacal estás sujeto. Y él respondió: —Al Aguador. Y los que se consumen[18] de deseo por nobles vírgenes en la tierra...[19] a esos los estrangulo. Pero en el caso de que no haya inclinación al sueño[20], me transformo en tres formas. Cuando los hombres se enamoran de mujeres, me metamorfoseo en una hermosa mujer; cojo a los hombres mientras duermen y juego con ellos. Y tras un tiempo vuelvo a alzar el vuelo y me voy a las regiones celestiales. También me aparezco como un león[21], y todos los demonios me obedecen[22]. Soy descendiente del arcángel Uriel, el poder de Dios.

11. Yo, Salomón, habiendo oído el nombre del arcángel, oré y glorifiqué a Dios, Señor del cielo y de la tierra. Y sellé al demonio y lo puse a cortar piedras, para que tallara las piedras del Templo que, yaciendo a lo largo de la orilla, habían sido traídas por el mar de Arabia. Pero él, temeroso del hierro[23], siguió diciéndome: —Te ruego, rey Salomón, que me dejes libre; y yo te traeré a todos los demonios. Y como no se mostraba dispuesto a someterse a mí, rogué al arcángel Uriel que viniera en mi auxilio; e inmediatamente vi al arcángel Uriel descender del cielo hacia mí.

12. Y el ángel ordenó a las ballenas del mar que salieran del abismo. Y arrojó su destino[24] al suelo, y ese [destino] sometió [a él] al gran demonio. Y ordenó al gran y osado demonio Ornias que cortara piedras en el Templo. Y así glorifiqué yo, Salomón, al Dios del cielo y Hacedor de la tierra. Y ordenó a Ornias que viniera con su destino, y le di el sello, diciéndole: —Vete y tráeme aquí al príncipe de todos los demonios.

13. Así que Ornias tomó el anillo y fue a Belzebú, que tiene la soberanía sobre los demonios. Y le dijo: —¡Ven! Salomón te llama. Pero Belzebú, al oírlo, respondió: —Dime quién es ese Salomón del que me hablas. Entonces Ornias arrojó el anillo contra el pecho de Belzebú, diciendo: «El rey Salomón te llama». Pero Belzebú lanzó un gran grito[25] y disparó una enorme llamarada ardiente; y se levantó, siguió a Ornias y vino ante Salomón.

14. Cuando vi al príncipe de los demonios[26], glorifiqué al Señor Dios, Hacedor del cielo y de la tierra, y dije: —Bendito seas, Señor Dios Todopoderoso, que has dado a tu siervo Salomón la sabiduría, compañera de asiento de los sabios[27], y has sometido a mí todo el poder del diablo.

15. Y le pregunté: —¿Quién eres tú? El demonio respondió: —Yo soy Belzebú, el exarca de los demonios. Y todos los demonios tienen sus sedes principales junto a mí. Y soy yo quien hace manifiesta la aparición de cada demonio. Y prometió traerme encadenados a todos los espíritus impuros[28]. Y yo de nuevo glorifiqué al Dios del cielo y de la tierra, como siempre le doy gracias.

16. Luego pregunté al demonio si había hembras entre ellos. Y cuando me dijo que sí, le dije que deseaba verlas. Así que Belzebú se marchó a toda prisa y me trajo a Onoskelis[29], que tenía una figura muy bonita y la piel[30] de una mujer de tez clara; y meneaba la cabeza.

17. Cuando se presentó ante mí, le dije: —Dime, ¿quién eres tú? Pero ella me dijo: —Me llaman Onoskelis, un espíritu engendrado... [31] que merodea por la tierra. Hay una cueva de oro donde me recuesto. Pero mi morada[32] no para nunca de cambiar. A veces estrangulo hombres con un lazo; otras, me arrastro desde las partes íntimas hasta los brazos[33]. Pero mis residencias más frecuentes son los precipicios, las cuevas, los barrancos. Sin embargo, con frecuencia me junto con hombres bajo la apariencia de mujer, y sobre todo con los de piel oscura. Pues ellos comparten conmigo mi estrella; ya que son ellos quienes adoran en secreto o en público a mi estrella, sin saber que se dañan a sí mismos y no hacen más que avivar mi apetito de mayor daño. Pues desean conseguir dinero mediante la memoria[34], pero yo doy un poco a los que me adoran con fidelidad.

18. Y yo, Salomón, le pregunté por su origen, y ella respondió: —Nací de una voz inoportuna, del llamado eco de la excreción de un hombre caída en un bosque[35].

19. Y le dije: —¿Bajo qué estrella transcurres[36]? Y ella me respondió: —Bajo la estrella de la luna llena, pues la luna recorre más cosas que nadie. Entonces le dije: —¿Y qué ángel es el que te frustra? Y ella me dijo: —El que reina en ti[37]. Y pensé que se burlaba de mí, y mandé a un soldado que la golpeará. Pero ella lanzó un grito y dijo: —Estoy sometida a ti, oh rey, por la sabiduría de Dios que te ha sido dada, y por el ángel Joel.

20. Así que le ordené que hilara el cáñamo para las cuerdas usadas en la construcción de la casa de Dios; y, una vez que la hube sellado y ligado, quedó tan vencida y reducida a la nada que se pasaba el día y la noche hilando el cáñamo.

21. Y al instante mandé que me trajeran a otro demonio; e inmediatamente se me acercó el demonio Asmodeo[38], encadenado, y le pregunté: —¿Quién eres? Pero él me lanzó una mirada de ira y de rabia, y dijo: —¿Y quién eres tú? Y yo le dije: —¿Así contestas estando castigado como estás? Pero él, furioso, me dijo: —¿Cómo voy a responderte, siendo tú un hijo de hombre, mientras que yo nací de semilla de ángel en una hija de hombre, de modo que ninguna palabra de nuestra estirpe celestial dirigida a los nacidos de la tierra puede ser arrogante? Por eso también mi estrella es resplandeciente en el cielo, y los hombres la llaman, unos la Osa, y otros el hijo del dragón. Me mantengo cerca de esta estrella. Así que no me hagas demasiadas preguntas; pues tu reino también ha de ser deshecho en poco tiempo, y tu gloria es solo pasajera. Y breve será tu tiranía sobre nosotros; y entonces volveremos a tener libre acceso a los hombres, de modo que estos nos venerarán como si fuéramos dioses[39], sin conocer, hombres que son, los nombres de los ángeles[40] que nos están puestos encima.

22. Yo, Salomón, al oír esto, lo encadené con más cuidado y ordené que lo azotaran con correas de cuero de buey, y que me dijera humildemente cuál era su nombre y cuál su ocupación. Y me respondió así: —Entre los mortales me llaman Asmodeo, y mi ocupación es tramar contra los recién casados para que no se conozcan. Y los separo del todo mediante muchas desgracias, y

marchito la hermosura de las mujeres vírgenes, y les enajena el corazón.

23. Y le dije: —¿Es esta tu única ocupación? Y me respondió: — Arrastro a los hombres a accesos de locura y de deseo cuando tienen mujeres propias, de modo que las abandonan y van de noche y de día a las de otros hombres; con el resultado de que pecan y caen en actos de sangre.

24. Y lo conjuré en el nombre del Señor Sabaot, diciendo: —Teme a Dios, Asmodeo, y dime por qué ángel eres frustrado. Pero él dijo: —Por Rafael, el arcángel que está de pie ante el trono de Dios. Pero me ahuyenta el hígado y la hiel de un pez, quemados sobre cenizas de tamarisco. De nuevo le pregunté: —No me ocultes nada. Pues yo soy Salomón, hijo de David, rey de Israel. Dime el nombre del pez que temes. Y él respondió: —Se llama Glanos, y se encuentra en los ríos de Asiria; por eso yo también merodeo por aquellas tierras.

25. Y le dije: —¿No tienes nada más[41] que decir, Asmodeo? Y él respondió: —El poder de Dios lo sabe, que me ha encadenado con los lazos indisolubles del sello de aquel, que cuanto te he dicho es verdad. Te ruego, rey Salomón, que no me condenes a [ir al] agua[42]. Pero yo sonreí y le dije: —Como vive el Señor Dios de mis padres, te haré llevar hierro. Pero además harás el barro para toda la construcción del Templo, pisándolo con tus pies. Y mandé que le dieran diez cántaros para acarrear agua. Y el demonio se lamentó terriblemente, y realizó el trabajo que le ordené. Y esto lo hice porque aquel demonio feroz, Asmodeo, conocía incluso el futuro. Y yo, Salomón, glorifiqué a Dios, que dio sabiduría a mí, Salomón su siervo. Y el hígado del pez y su hiel los colgué en la punta de una caña[43], y lo quemé sobre Asmodeo, por ser tan poderoso; y así fue frustrada su malicia insoportable.

26. Y convoqué de nuevo ante mí a Belzebú, el príncipe de los demonios, lo hice sentar en un asiento elevado de honor y le dije: — ¿Por qué estás solo, príncipe de los demonios? Y él me dijo: — Porque soy el único que ha quedado de los ángeles del cielo que descendieron. Pues yo fui el primer ángel en el primer cielo, y me

llamaban Belzebú. Y ahora domino sobre todos los que están encadenados en el Tártaro. Pero yo también tengo un hijo[44], que ronda el mar Rojo. Y cuando se presenta la ocasión propicia, vuelve a mí, siendo súbdito mío; y me revela lo que ha hecho, y yo le presto apoyo[45].

27. Yo, Salomón, le dije: —Belzebú, ¿cuál es tu ocupación? Y él me respondió: —Destruyo reyes. Me alío con tiranos extranjeros. Y meto a mis demonios en los hombres para que estos creen en ellos y se pierdan. Y a los elegidos servidores[46] de Dios, sacerdotes y hombres fieles, los excito al deseo de pecados perversos, y malas herejías[47], y actos sin ley; y me obedecen, y los llevo a la perdición. Y suscito en los hombres la envidia, y el [deseo de] matar, y de hacer guerras y sodomía, y otras cosas perversas. Y destruiré el mundo.

28. Entonces le dije: —Tráeme a tu hijo, que está, según dices, en el mar Rojo. Pero él me dijo: —No te lo traeré yo. Pero vendrá ante mí otro demonio, llamado Efippas. A este lo encadenaré, y él lo sacará para mí desde las profundidades hasta aquí. Y yo le dije: —¿Cómo es que tu hijo está en las profundidades del mar, y cuál es su nombre? Y él me respondió: —No me lo preguntes, pues no podrás saberlo de mí. Sin embargo, vendrá ante ti por mi mandato y te lo dirá abiertamente.

29. Le dije: —Dime por qué ángel eres frustrado. Y él respondió: —Por el santo y precioso nombre del Dios Todopoderoso, que los hebreos expresan mediante una serie de números cuya suma es 644, y entre los griegos es Emanuel[48]. Y si alguno de los romanos me conjura por el gran nombre del poder Eleeth, desaparezco al instante.

30. Yo, Salomón, quedé atónito al oír esto; y le ordené que serrara mármoles tebanos[49]. Y cuando empezó a serrar los mármoles, los otros demonios lanzaron grandes gritos, aullando a causa de su rey Belzebú.

31. Pero yo, Salomón, lo interrogué diciendo: —Si quieres un respiro, háblame de las cosas del cielo. Y Belzebú dijo: —Oye, oh rey: si quemas goma, e incienso, y bulbos del mar[50], con nardo y azafrán, y enciendes siete lámparas en un terremoto[51], consolidarás bien tu casa. Y si, estando en pureza[52], las enciendes al amanecer, bajo el sol, verás entonces los dragones celestiales, cómo se enroscan y arrastran el carro del sol.

32. Y yo, Salomón, habiendo oído esto, lo reprendí y le dije: —Silencio por ahora[53], y sigue serrando los mármoles como te he ordenado. Y yo, Salomón, alabé a Dios y mandé que se presentara ante mí otro demonio. Y ante mí apareció uno que llevaba el rostro muy en alto en el aire, mientras el resto del espíritu se enroscaba como un caracol. Irrumpió entre los pocos soldados y levantó también una terrible nube de polvo del suelo, que lanzó hacia arriba; y luego la arrojó de vuelta para asustarnos, y preguntó qué preguntas yo solía hacer[54]. Y me levanté, escupí[55] al suelo en aquel lugar, y sellé con el anillo de Dios. Y al instante cesó el torbellino de polvo. Entonces le pregunté: —¿Quién eres tú, viento? Pero él levantó de nuevo una polvareda y me respondió: —¿Qué quieres de mí, rey Salomón? Yo le respondí: —Dime cómo te llamas, y quisiera también hacerte una pregunta. Pero hasta aquí doy gracias a Dios que me ha hecho sabio para responder a sus perversos designios.

33. Pero [el demonio] me respondió: —Soy el espíritu de las cenizas[56] (Tefras). Y yo le dije: —¿Cuál es tu ocupación? Y él dijo: —Traigo oscuridad sobre los hombres, prendo fuego a los campos y reduzco a la nada los hogares. Pero estoy más activo en verano. Sin embargo, cuando se me presenta la ocasión, me cuelo por los rincones de las paredes, de noche y de día. Pues soy descendiente del grande, y no poco menos. Entonces le dije: —¿Bajo qué estrella yaces? Y él respondió: —En el mismísimo extremo del cuerno de la luna, cuando se encuentra en el sur. Allí está mi estrella. Pues he sido destinado a contener las convulsiones[57] de la fiebre hemiterciana; y por eso muchos hombres oran a la fiebre hemiterciana invocando estos tres nombres: Búltala, Talal, Melcal. Y

los curo. Y yo le dije: —Yo soy Salomón; cuando quieres hacer daño, ¿con cuya ayuda lo haces? Pero él me dijo: —Con la del ángel, por quien también la fiebre de tres días queda aquietada. Entonces le pregunté: —¿Y con qué nombre[58]? Y él respondió: —El del arcángel Azael. Y convoqué al arcángel Azael, y puse un sello sobre el demonio, y le ordené que cogiera grandes piedras y las lanzara hacia arriba a los obreros en las partes más altas del Templo. Y, compelido, el demonio empezó a hacer lo que se le había mandado.

34. Y glorifiqué de nuevo a Dios, que me ha dado esta autoridad, y ordené que se presentara ante mí otro demonio. Y aparecieron siete espíritus[59], hembras, atados y entretejidos entre sí, de hermosa apariencia y buena figura. Y yo, Salomón, al verlos, los interrogué y dije: —¿Quiénes sois vosotras? Pero ellas, con una sola voz y de común acuerdo[60], dijeron: —Somos de los treinta y tres elementos del rector cósmico de las tinieblas[61]. Y la primera dijo: —Yo soy el Engaño. La segunda: —Yo soy la Discordia. La tercera: —Yo soy Klotod, que es la Batalla. La cuarta: —Yo soy los Celos. La quinta: —Yo soy el Poder. La sexta: —Yo soy el Error. La séptima: —Yo soy la peor de todas, y nuestras estrellas están en el cielo. Siete estrellas de poco brillo, y todas juntas. Y se nos llama, por decirlo así, diosas. Cambiamos de lugar todas juntas, y juntas vivimos, ya en Lidia, ya en el Olimpo, ya en una gran montaña.

35. Entonces yo, Salomón, las interrogué una por una, comenzando por la primera y llegando hasta la séptima. La primera dijo: —Yo soy el Engaño, engaño y tiendo lazos por doquier. Agudizo y excito las herejías. Pero tengo un ángel que me frustra: Lamecalal.

36. Del mismo modo dijo también la segunda: —Yo soy la Discordia, la discordia de las discordias. Traigo maderas, piedras, ganchos, mis armas al instante. Pero tengo un ángel que me frustra: Barujiaquel.

37. Del mismo modo dijo también la tercera: —Me llaman Klotod, que es la Batalla, y hago que los bien portados se dispersen y choquen entre sí. ¿Y para qué decir más? Tengo un ángel que me frustra: Marmarat.

38. Del mismo modo dijo también la cuarta: —Hago que los hombres olviden la sobriedad y la moderación. Los separo y los divido en bandos; pues la Discordia me sigue de la mano. Aparto al marido de la compañera de su lecho, y a los hijos de los padres, y a los hermanos de las hermanas. Pero ¿para qué decir tanto en mi contra? Tengo un ángel que me frustra, el gran Baltial.

39. Del mismo modo dijo también la quinta: —Yo soy el Poder. Con el poder levanto tiranos y derribo reyes. A todos los rebeldes les proporciono poder. Tengo un ángel que me frustra: Asteraot.

40. Del mismo modo dijo también la sexta: —Yo soy el Error[63], oh rey Salomón. Y te haré errar, como antes te hice errar cuando te moví a matar a tu propio hermano[64]. Os haré extraviar de modo que espíes en los sepulcros[65]; y enseñó a los que cavan, y hago extraviarse a las almas de toda piedad, y muchas otras cosas perversas son mías. Pero tengo un ángel que me frustra: Uriel.

41. Del mismo modo dijo también la séptima: —Yo soy la peor, y haré que estés peor que antes; pues impondré las ligaduras de Ártemis[66]. Pero la langosta[67] me liberará, pues por medio de ella está decretado que alcanzarás mi deseo... Pues si alguien fuera sabio, no dirigiría sus pasos hacia mí.

42. Entonces yo, Salomón, habiendo oído esto y maravillado, las sellé con mi anillo; y como eran tan considerables, les ordené cavar los cimientos del Templo de Dios. Pues su longitud era de 250 codos. Y las mandé a trabajar con diligencia, y entre murmullos de protesta colectiva comenzaron a realizar las tareas encomendadas.

43. Pero yo, Salomón, glorifiqué al Señor y mandé que compareciera ante mí otro demonio. Y me fue traído un demonio que tenía todos los miembros de un hombre, pero sin cabeza. Y yo, al verlo, le dije: —Dime quién eres. Y me respondió: —Soy un demonio. Entonces le dije: —¿Cuál? Y me respondió: —Me llaman la Envidia. Pues me deleito devorando cabezas, ansioso de hacerme con una para mí; pero nunca me quedo satisfecho, y deseo tener una cabeza como la tuya.

44. Yo, Salomón, al oír esto, lo sellé, tendiendo la mano contra su pecho. Entonces el demonio saltó, se arrojó al suelo y lanzó un gemido, diciendo: —¡Ay de mí! ¿Adónde he venido a parar? ¡Oh traidor Ornias, no veo nada! Entonces le dije: —Yo soy Salomón. Dime, pues, cómo te las arreglas para ver. Y me respondió: —Por medio de mis sensaciones. Yo, Salomón, habiendo oído su voz llegar hasta mí, le pregunté cómo se las arreglaba para hablar. Y me respondió: —Yo, oh rey Salomón, soy enteramente voz, pues he heredado las voces de muchos hombres. Pues en el caso de todos los hombres que se llaman mudos, soy yo quien les destrozó la cabeza cuando eran niños y habían llegado a su octavo día. Luego, cuando un niño llora de noche, me convierto en espíritu y me deslizo por medio de su voz... También en las encrucijadas[68] presto muchos servicios, y mi encuentro está cargado de daño. Pues cojo en un instante la cabeza de un hombre, y con mis manos, como con una espada, la corto y me la pongo. Y de este modo, por medio del fuego que hay en mí, es engullida a través de mi cuello. Soy yo quien envía a los pies de los hombres mutilaciones graves e incurables, y les inflige llagas.

45. Y yo, Salomón, al oír esto, le dije: —Dime cómo lanzas el fuego. ¿De qué fuentes lo emites? Y el espíritu me dijo: —Del Lucero del alba[69]. Pues aún no ha sido hallado ese Elbúrion, a quien los hombres ofrecen oraciones y encienden luces. Y su nombre es invocado por los siete demonios que están antes que yo. Y él los cuida.

46. Pero yo le dije: —Dime su nombre. Pero él respondió: —No puedo decírtelo. Pues si lo digo, me vuelvo incurable. Sin embargo, vendrá al oír su nombre. Y al oír esto, yo, Salomón, le dije: —Dime entonces por qué ángel eres frustrado. Y él respondió: —Por el destello ardiente del rayo. Y me postré ante el Señor Dios de Israel, y le ordené que permaneciera en custodia de Belzebú hasta que viniera Iax[70].

47. Luego ordené que otro demonio apareciera ante mí, y vino a mi presencia un perro de forma muy grande, que habló en voz alta

y dijo: —¡Salve, señor, rey Salomón! Y yo, Salomón, quedé atónito. Le dije: —¿Quién eres tú, perro? Y respondió: —Sin duda me parezco un perro ante ti; pero antes de que tú existieras, oh rey Salomón, yo era un hombre que cometí muchos actos impíos en la tierra. Era excepcionalmente versado en las letras, y tan poderoso que podía retener las estrellas del cielo. Y preparé muchas obras divinas. Pues daño a los hombres que siguen a nuestra estrella, y los arrastro a...[71] Y cojo a los hombres frenéticos por la laringe, y así los destruyo.

48. Y yo, Salomón, le dije: —¿Cómo te llamas? Y respondió: —Bastón[72] (Rabdos). Y yo le dije: —¿Cuál es tu ocupación, y qué resultados puedes conseguir? Y él respondió: —Dame a tu hombre, y yo lo llevaré a un paraje montañoso, y le mostraré una piedra verde[73], zarandeada de aquí para allá[74], con la que podrás adornar el Templo del Señor Dios.

49. Y yo, Salomón, al oír esto, ordené a mi siervo que se pusiera en marcha con él y llevara consigo el anillo con el sello de Dios. Y le dije: —A quien te muestre la piedra verde, séllalos con este anillo. Y marca bien el lugar, y tráeme el demonio aquí. Y el demonio le mostró la piedra verde, y él lo selló, y trajo al demonio ante mí. Y yo, Salomón, decidí encerrar con mi sello en mi mano derecha a los dos: el demonio acéfalo y también el perro, que era tan enorme[75]; este también sería encadenado. Y ordené al perro que mantuviera vigilado al espíritu de fuego, de modo que las lámparas, por así decir, arrojaran su luz de día y de noche por su hocico sobre los artesanos en su trabajo.

50. Y yo, Salomón, tomé de la cantera de aquella piedra 200 siclos para los soportes de la mesa del incienso, que tenía un aspecto semejante. Y yo, Salomón, glorifiqué al Señor Dios, y luego cerré el tesoro de aquella piedra. Y de nuevo ordené a los demonios que cortaran mármol para la construcción de la casa de Dios. Y yo, Salomón, oré al Señor, y pregunté al perro: —¿Por qué ángel eres frustrado? Y el demonio respondió: —Por el gran Breo[76].

51. Y alabé al Señor Dios del cielo y de la tierra, y mandé que otro demonio se presentara ante mí; y ante mí apareció uno con forma de león rugiente. Y se detuvo y me respondió: —Oh rey, en la forma que tengo, soy un espíritu completamente imperceptible para los sentidos. Me lanzo sobre todos los hombres postrados por la enfermedad, acercándome sigilosamente; y dejo al hombre sin fuerzas, de modo que su constitución corporal queda debilitada. Pero tengo también otra gloria, oh rey. Echo fuera a los demonios, y tengo legiones bajo mi mando. Y soy capaz de ser acogido[77] en mis moradas, junto con todos los demonios pertenecientes a las legiones que están bajo mi mando. Pero yo, Salomón, al oír esto, le pregunté: —¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: —El Portador del León, Rat[78] de estirpe. Y yo le dije: —¿Cómo eres frustrado tú junto con tus legiones? ¿Qué ángel es el que te frustra? Y él respondió: —Si te digo mi nombre, no solo me encadeno a mí, sino también a la legión de demonios que está bajo mis órdenes.

52. Entonces le dije: —Te conjuro en el nombre del Dios Sabaot para que me digas por qué nombre eres frustrado tú junto con tu hueste[79]. Y el espíritu me respondió: —El «grande entre los hombres», que ha de padecer mucho a manos de los hombres, cuyo nombre es la cifra 644, que es Emanuel; él es quien nos ha encadenado, y quien ha de venir entonces y precipitarnos desde el acantilado al agua[80]. Se da a conocer mediante las tres letras que lo hacen descender[81].

53. Y yo, Salomón, al oír esto, glorifiqué a Dios, y condené a su legión a acarrear leña del bosque. Y condené al propio de forma leonina a serrar la leña menuda con sus dientes, para quemarla en el horno inextinguible del Templo de Dios.

54. Y adoré al Señor Dios de Israel, y mandé que compareciera ante mí otro demonio. Y ante mí apareció un dragón de tres cabezas, de aspecto aterrador. Y le pregunté: —¿Quién eres tú? Y me respondió: —Soy un espíritu con forma de abrojo[82] cuya actividad se despliega en tres direcciones. Ciego a los niños en el vientre de las mujeres, y les hago girar las orejas. Los hago

sordos[83] y mudos. Y tengo en mi tercera cabeza medios para infiltrarme[84]. Y golpeo a los hombres en la parte sin miembros[85] del cuerpo, y los hago caer, y echar espumarajos, y rechinar los dientes. Pero tengo mi propio modo de ser frustrado: quedando señalada Jerusalén por escrito, en el lugar llamado «de la cabeza[86]». Pues allí está predestinado el ángel del gran consejo; y ahora morará manifiestamente en la cruz. Él me frustra, y a él estoy sujeto.

55. —Pero en el lugar donde tú te sientas, oh rey Salomón, se alza en el aire una columna, de color púrpura...[87] El demonio llamado Efippas la ha traído[88] desde el mar Rojo, desde el interior de Arabia. Él es quien ha de ser encerrado en un odre de piel y traído ante ti. Pero a la entrada del Templo que has comenzado a edificar, oh rey Salomón, yace guardado mucho oro; cávalo y llévalo. Y yo, Salomón, envié a mi siervo, y comprobé que era tal como el demonio me había dicho. Y lo sellé con mi anillo, y alabé al Señor Dios.

56. Entonces le dije: —¿Cómo te llamas? Y el demonio dijo: —Yo soy la cresta de los dragones. Y le mandé hacer ladrillos en el Templo. Tenía manos humanas.

57. Y adoré al Señor Dios de Israel, y mandé que se presentara ante mí otro demonio. Y ante mí apareció un espíritu con apariencia de mujer, que tenía una cabeza sin miembro alguno[89], y su cabello estaba despeinado. Y le dije: —¿Quién eres tú? Pero ella respondió: —¿Y quién eres tú, más bien? ¿Y por qué quieres saber de mí? Pero, ya que deseas saber, aquí estoy encadenada ante tu presencia. Ve, pues, a tus cámaras reales y lávate las manos. Luego vuelve a sentarte ante tu tribunal, e interrógame; y sabrás, oh rey, quién soy.

58. Y yo, Salomón, hice como ella me indicaba, y me contenté a causa de la sabiduría que mora en mí[90]; para poder oír sus obras, reprenderlas y manifestarlas a los hombres. Y me senté, y dije a la demonia: —¿Quién eres tú? Y ella dijo: —Entre los hombres me llaman Obizut; y de noche no duermo, sino que recorro todo el

mundo y visito a las mujeres de parto. Y discerniendo la hora me apostado[91]; y si tengo suerte, estrangulo al niño. Si no, me retiro a otro lugar. Pues no puedo pasar una sola noche sin haberlo conseguido. Pues soy un espíritu feroz[92], de miríadas de nombres y de muchas formas. Y ya aquí, ya allá, voy de ronda. Y hacia las tierras del poniente hago mis recorridos. Pero tal como estoy ahora, aunque me hayas sellado en torno con el anillo de Dios, no has hecho nada. No estoy ante ti, y no podrás darme órdenes. Pues no tengo otro oficio que la destrucción de los niños, y hacer que sus oídos queden sordos, y causar daño a sus ojos, y atarles la boca con un lazo, y arruinarles el juicio, y causarles dolores en el cuerpo.

59. Cuando yo, Salomón, oí esto, me maravillé de su aspecto, pues contemplé todo su cuerpo sumido en las tinieblas. Pero su mirada era completamente brillante y verdosa, y su cabello estaba salvajemente revuelto como el de un dragón; y todos sus miembros eran invisibles. Y su voz era muy clara cuando llegaba a mí. Y con astucia le dije: —Dime por qué ángel eres frustrada, oh espíritu maligno. Pero ella me respondió: —Por el ángel de Dios llamado Afarof, que se interpreta como Rafael, por quien soy frustrada ahora y para siempre. Su nombre, si algún hombre lo conoce y lo escribe sobre una mujer de parto, no podré entrar en ella. El número de este nombre es 640[93]. Y yo, Salomón, habiendo oído esto y glorificado al Señor, ordené que le ataran el cabello y que la colgaran delante del Templo de Dios; para que todos los hijos de Israel, al pasar, pudieran verla y glorificar al Señor Dios de Israel, que me había dado esta autoridad, con sabiduría y poder de Dios, por medio de este sello.

60. Y de nuevo ordené que se presentara ante mí otro demonio. Y llegó, rodando sobre sí mismo, uno de aspecto parecido a un dragón pero con rostro y manos de hombre. Y todos sus miembros, salvo los pies, eran los de un dragón; y tenía alas en la espalda. Al verlo, me asombré y le dije: —¿Quién eres tú, demonio, y cómo te llamas? ¿Y de dónde has venido? Dímelo.

61. Y el espíritu respondió y dijo: —Esta es la primera vez que me presento ante ti, oh rey Salomón. Soy un espíritu convertido en dios entre los hombres, pero ahora reducido a nada por el anillo y la sabiduría que Dios te ha concedido. Ahora bien, soy el llamado dragón alado[94], y no me uno a muchas mujeres, sino solo a unas pocas de hermosa figura, que llevan el nombre de xuli, de esta estrella. Y me uno con ellas bajo la apariencia de un espíritu de forma alada, *coitum habens per nates*. Y la que recibe mi asalto queda encinta, y lo que nace de ella se convierte en eros. Pero como semejante descendencia no puede ser llevada por los hombres, la mujer en cuestión expelle viento. Ese es mi papel. Supón, pues, tan solo que estoy satisfecho, y todos los otros demonios que has molestado e inquietado hablarán toda la verdad. Pero los que están compuestos de fuego[95] harán que el fuego consuma el material de los troncos que han de ser reunidos por ellos para la construcción en el Templo.

62. Y mientras el demonio decía esto, vi al espíritu salir de su boca, y consumió la madera del árbol del incienso, y quemó todos los troncos que habíamos colocado en el Templo de Dios. Y yo, Salomón, vi lo que el espíritu había hecho, y me maravillé.

63. Y, habiendo glorificado a Dios, pregunté al demonio de forma de dragón y le dije: —Dime por qué ángel eres frustrado. Y respondió: —Por el gran ángel que tiene su asiento en el segundo cielo, que en hebreo se llama Bazazat. Y yo, Salomón, habiendo oído esto e invocado a su ángel, lo condené a serrar mármoles para la construcción del Templo de Dios; y alabé a Dios, y ordené que otro demonio compareciera ante mí.

64. Y ante mí apareció otro espíritu, con aspecto como de mujer en la forma que tenía. Pero en los hombros llevaba otras dos cabezas con sus manos. Y le pregunté: —Dime, ¿quién eres tú? Y ella me dijo: —Yo soy Enepsigos, que también tengo miríadas de nombres. Y le dije: —¿Por qué ángel eres frustrada? Pero ella me dijo: —¿Qué buscas, qué preguntas? Yo sufro cambios, como la diosa que me llaman. Y me transformo de nuevo, y paso a poseer

otra forma. Y no desees, por tanto, saber todo lo que a mí concierne. Pero puesto que estás ante mí por esto mismo, escucha. Tengo mi morada en la luna, y por eso poseo tres formas. A veces soy invocada mágicamente[96] por los sabios como Cronos. Otras veces, en relación con los que me hacen descender, bajo y aparezco en otra forma. La medida del elemento[97] es inexplicable e indefinible, y no puede ser frustrada. Yo, pues, transformándome en estas tres formas, desciendo y me vuelvo tal como me ves; pero soy frustrada por el ángel Ratanael, que se sienta en el tercer cielo. Por eso te hablo. Ese templo no puede contenerme[98].

65. Así pues, yo, Salomón, oré a mi Dios e invoqué al ángel del que me habló Enepsigos, y usé mi sello. Y la sellé con una triple cadena, y (puse) debajo de ella el cierre de la cadena. Usé el sello de Dios, y el espíritu me profetizó, diciendo: —Esto es lo que tú, rey Salomón, nos haces. Pero después de algún tiempo tu reino será deshecho, y de nuevo a su tiempo este Templo será desgarrado[99]; y toda Jerusalén será destruida por el rey de los persas, los medos y los caldeos. Y los vasos de este Templo que tú fabricas serán puestos al servicio servil de los dioses; y junto a ellos todos los tarros en que nos encierras serán rotos por manos de hombres. Y entonces saldremos con gran poder por todas partes, y nos diseminaremos por todo el mundo. Y extraviaremos al mundo habitado por largo tiempo, hasta que el Hijo de Dios sea extendido en la cruz. Pues nunca antes se alza un rey semejante a él, que nos frustra a todos, cuya madre no habrá tenido contacto con varón. ¿Quién más puede recibir tal autoridad sobre los espíritus, sino él, a quien el primer diablo buscará tentar, pero no prevalecerá sobre él? El número de su nombre es 644[100], que es Emanuel. Por tanto, oh rey Salomón, tu tiempo es malo, y tus años, cortos y malos, y a tu siervo será dado tu reino[101].

66. Y yo, Salomón, habiendo oído esto, glorifiqué a Dios. Y aunque me maravillé de las revelaciones de los demonios, no les di crédito hasta que se cumplieron. Y no creí sus palabras; pero cuando se realizaron, entonces comprendí, y al morir escribí este Testamento para los hijos de Israel, y se lo di, para que conocieran

los poderes de los demonios y sus formas, y los nombres de sus ángeles, por los que estos ángeles son frustrados. Y glorifiqué al Señor Dios de Israel, y ordené que el espíritu fuera encadenado con cadenas indisolubles.

67. Y habiendo alabado a Dios, ordené que se presentara ante mí otro espíritu; y ante mí apareció otro demonio, que tenía por delante la forma de un caballo y por detrás la de un pez. Y tenía una voz poderosa, y me dijo: —Oh rey Salomón, soy un espíritu feroz del mar, y soy ávido de oro y plata. Soy un espíritu que se redondea y pasa sobre las extensiones de las aguas del mar, y hago tropezar a los hombres que navegan por él. Pues me redondeo convirtiéndome en ola[102] y me transformo, y luego me lanzo sobre los barcos y me meto de lleno en ellos. Y ese es mi negocio y mi modo de hacerme con dinero y con hombres. Pues cojo a los hombres, los hago girar conmigo y los lanzo fuera del mar. Pues no soy codicioso de los cuerpos de los hombres, sino que los arrojó del mar a lo lejos. Pero puesto que Belzebú, señor de los espíritus del aire y de los que están bajo la tierra, y señor de los terrenales, tiene un reinado compartido con nosotros en lo que respecta a los hechos de cada uno, subí del mar para tener cierta visión de conjunto[103] en su compañía.

68. —Pero tengo también otro carácter y otra función. Me metamorfoseo en olas[104] y subo del mar. Y me muestro a los hombres, de modo que los de tierra me llaman Kunospaston[105], porque asumo la forma humana. Y mi nombre es exacto. Pues al penetrar en los hombres, les provocho cierta náusea. Vine, pues, a tomar consejo con el príncipe Belzebú; y él me encadenó y me entregó en tus manos. Y aquí estoy ante ti a causa de este sello, y ahora me atormentas[106]. Pero atentos: en dos o tres días el espíritu que habla contigo desfallecerá, pues no tendré agua.

69. Y yo le dije: —Dime por qué ángel eres frustrado. Y respondió: —Por Iamet. Y glorifiqué a Dios. Ordené que el espíritu fuera arrojado en una vasija junto con diez cántaros de agua de mar de dos medidas cada uno[107]. Y los sellé por arriba con mármoles y

asfalto y pez en la boca del recipiente[108]. Y habiéndolo sellado con mi anillo, ordené que fuera depositado en el Templo de Dios. Y ordené que otro espíritu se presentara ante mí.

70. Y ante mí apareció otro espíritu sometido[109], que tenía oscuramente la forma de un hombre, con ojos relucientes, y que llevaba en la mano una espada. Y pregunté: —¿Quién eres tú? Pero él respondió: —Soy un espíritu lascivo[110], engendrado de un hombre gigante que murió en la matanza de los tiempos de los gigantes. Le dije: —Cuéntame qué haces en la tierra y dónde tienes tu morada.

71. Y él dijo: —Mi morada está en lugares fértiles, pero mi modo de proceder es este. Me siento junto a los hombres que pasan entre los sepulcros, y en hora inoportuna asumo la forma del muerto; y si cojo a alguno, al instante lo destruyo con mi espada. Pero si no puedo destruirlo, hago que sea poseído por un demonio, que devore su propia carne, y que se le caiga el pelo del mentón. Pero yo le dije: —Teme, pues, al Dios del cielo y de la tierra, y dime por qué ángel eres frustrado. Y él respondió: —El que ha de convertirse en Salvador destruye, un hombre cuyo número[111], si alguno lo escribe en la frente[112], me vencerá, y en el temor me retiraré a toda prisa. Y en verdad, si alguno escribe esta señal sobre sí mismo, yo estaré con miedo. Y yo, Salomón, al oír esto y haber glorificado al Señor Dios, encerré a este demonio como a los demás.

72. Y ordené que otro demonio compareciera ante mí. Y ante mí aparecieron treinta y seis espíritus, con cabezas de forma informe como de perros, pero de cuerpo humano en sí mismos; con rostros de asnos, rostros de bueyes y rostros de aves. Y yo, Salomón, al oírlos y verlos, me maravillé, y los interrogué y dije: —¿Quiénes sois vosotros? Pero ellos, de común acuerdo, con una sola voz dijeron[113]: —Somos los treinta y seis elementos, los rectores del mundo[114] de estas tinieblas. Pero, oh rey Salomón, no nos harás mal ni nos apresarás, ni nos impondrás mandatos; pero puesto que el Señor Dios te ha dado autoridad sobre todo espíritu, en el aire, en la tierra y bajo la tierra, por eso también nos presentamos ante ti

como los otros espíritus, de carnero y toro, de gemelos y cangrejo, de león y virgen, de balanza y escorpión, de arquero, macho cabrío cornudo, aguador y pez.

73. Entonces yo, Salomón, invoqué el nombre del Señor Sabaot e interrogué a cada uno por turno sobre cuál era su naturaleza. Y mandé a cada uno que se adelantara y dijera cuáles eran sus acciones. Entonces se adelantó el primero y dijo: —Yo soy el primer decano[115] del círculo zodiacal, y se me llama el carnero, y conmigo están estos dos. Así que les hice la pregunta: —¿Cómo os llamáis? El primero dijo: —Señor, a mí me llaman Ruax, y hago que las cabezas de los hombres queden ociosas, y les robo el entrecejo. Pero con que yo oiga tan solo las palabras «Miguel, aprisiona a Ruax», al instante me retiro.

74. Y el segundo dijo: —Me llaman Barsafael, y hago que los que están bajo mi hora[116] sientan el dolor de la jaqueca[117]. Con que oiga tan solo las palabras «Gabriel, aprisiona a Barsafael», al instante me retiro.

75. El tercero dijo: —Me llaman Arotosael. Daño los ojos y los lastimo gravemente. Con que tan solo oiga las palabras «Uriel, aprisiona a Aratosael» (sic), al instante me retiro...[118]

76. El quinto dijo: —Me llaman Iudal, y provocho bloqueos en los oídos y sordera. Si oigo «Uruel Iudal», al instante me retiro.

77. El sexto dijo: —Me llaman Esfendonael. Provocho tumores de la parótida, inflamaciones de las amígdalas y contracción tetánica[119]. Si oigo «Sabrael, aprisiona a Esfendonael», al instante me retiro.

78. Y el séptimo dijo: —Me llaman Esfandor, y debilito la fortaleza de los hombros y hago que tiemblen; y paralizo los nervios de las manos, y rompo y machaco los huesos del cuello. Y yo, yo churo el tuétano. Pero si oigo las palabras «Arael, aprisiona a Esfandor», al instante me retiro.

79. Y el octavo dijo: —Me llaman Belbel. Tuerzo los corazones y las mentes de los hombres. Si oigo las palabras «Arael, aprisiona a Belbel», al instante me retiro.

80. Y el noveno dijo: —Me llaman Curtael. Envío cólicos a los intestinos. Induzco dolores. Si oigo las palabras «Iaot, aprisiona a Curtael», al instante me retiro.

81. El décimo dijo: —Me llaman Metatiax. Hago doler los riñones. Si oigo las palabras «Adonael, aprisiona a Metatiax», al instante me retiro.

82. El undécimo dijo: —Me llaman Catanicotael. Creo discordias y agravios en los hogares de los hombres, y les envió mal genio. Si alguien quiere tener paz en su hogar, que escriba en siete hojas de laurel los nombres del ángel que me frustra, junto con estos nombres: Iae, Ieo, hijos de Sabaoth, en el nombre del gran Dios, que encierre a Catanicotael. Luego que lave las hojas de laurel en agua y rocíe su casa con el agua, de dentro hacia fuera. Y al instante me retiro.

83. El duodécimo dijo: —Me llaman Sapathorael, e infundo partidismo en los hombres y me deleito en hacerlos tropezar. Si alguien escribe en un papel estos nombres de ángeles —Iaeo, Iealo, Ioelet, Sabaoth, Itot, Bae—, y doblándolo lo lleva colgado del cuello o junto al oído, al instante me retiro y disipo la borrachera.

84. El decimotercero dijo: —Me llaman Bobel (sic), y provocho enfermedades nerviosas con mis ataques. Si oigo el nombre del gran «Adonael, aprisiona a Bothotel», al instante me retiro.

85. El decimocuarto dijo: —Me llaman Cumeatael, e infundo escalofríos y entorpecimiento. Con que oiga tan solo las palabras «Zoroel, aprisiona a Cumentael», al instante me retiro.

86. El decimoquinto dijo: —Me llaman Roeled. Provocho frío y helada y dolor en el estómago. Con que tan solo oiga las palabras «Iax, quédate, no te calientes, pues Salomón es más hermoso que once padres», al instante me retiro.

87. El decimosexto dijo: —Me llaman Atrax. Infundo a los hombres fiebres irremediables y perjudiciales. Si quieres apresarme, machaca cilantro[120] y úntalo en los labios, recitando el siguiente conjuro: «La fiebre que viene de la suciedad. Te exorcizo por el trono del

altísimo Dios, retírate de la suciedad y retírate de la criatura formada por Dios». Y al instante me retiro.

88. El decimoséptimo dijo: —Me llaman Ieropael. Me siento en el estómago de los hombres y provocho convulsiones en el baño y en el camino; y donde me encuentro, o donde encuentro a un hombre, lo derribo. Pero si alguien dice al enfermo al oído estos nombres, tres veces seguidas, en el oído derecho: «Iudarize, Sabune, Denoe», al instante me retiro.

89. El decimoctavo dijo: —Me llaman Buldumec. Separo a la mujer del marido y creo rencor entre ellos. Si alguien escribe en un papel los nombres de tus antepasados, Salomón, y lo coloca en el vestíbulo de su casa, me retiro de allí. Y lo que debe escribirse será lo siguiente: «El Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob te ordena: retírate de esta casa en paz». Y al instante me retiro.

90. El decimonoveno dijo: —Me llaman Naot, y me asiento en las rodillas de los hombres. Si alguien escribe en papel: «Fnunohoël, apártate Natat, y no toques el cuello», al instante me retiro.

91. El vigésimo dijo: —Me llaman Mardero. Envío a los hombres fiebre incurable. Si alguien escribe en la hoja de un libro: «Esfener, Rafael, retírate, no me arrastres, no me desolles», y lo ata alrededor del cuello, al instante me retiro.

92. El vigésimo primero dijo: —Me llaman Alat, y provocho tos y dificultad respiratoria en los niños. Si alguien escribe en un papel: «Rorex, persigue tú a Alat», y lo ata alrededor del cuello, al instante me retiro...[121]

93. El vigésimo tercero dijo: —Me llaman Neftada. Hago doler los riñones y provocho disuria. Si alguien escribe en una placa de estaño las palabras «Iatothe, Uruel, Neftada», y la ata alrededor de los lomos, al instante me retiro.

94. El vigésimo cuarto dijo: —Me llaman Acton. Hago doler las costillas y los músculos lumbares. Si alguien graba en material de cobre tomado de un barco que no ha podido anclar esto:

«Marmaraot, Sabaot, persigue a Acton», y lo ata alrededor del lomo, al instante me retiro.

95. El vigésimo quinto dijo: —Me llaman Anatreth, y envió ardores y fiebres a las entrañas. Pero si oigo: «Arara, Jarara», al instante me retiro.

96. El vigésimo sexto dijo: —Me llaman Eneuth. Robo la cordura a los hombres, les cambio el corazón y dejo a un hombre sin dientes (?). Si alguien escribe: «Alazool, persigue a Eneuth», y ata el papel sobre sí, al instante me retiro.

97. El vigésimo séptimo dijo: —Me llaman Tet. Hago que los hombres caigan en consunción y provocho hemorragias. Si alguien me exorciza en vino dulce y sin mezclar del undécimo eón[122], y dice: «Te exorcizo por el undécimo eón para que pares, te lo exijo, Tet (Axiotet)», que se lo dé al enfermo a beber, y al instante me retiro.

98. El vigésimo octavo dijo: —Me llaman Jarpax, y envió insomnio a los hombres. Si alguien escribe «Cocfnedismo» y lo ata alrededor de las sienes, al instante me retiro.

99. El vigésimo noveno dijo: —Me llaman Anoster. Genero manía uterina y dolores en la vejiga. Si alguien muele en aceite puro tres semillas de laurel y las unta, diciendo: «Te exorcizo, Anoster. Para por Marmarao», al instante me retiro.

100. El trigésimo dijo: —Me llaman Alebórit. Si al comer pescado alguien se ha tragado una raspa, que tome un hueso del pez y tosa, y al instante me retiro.

101. El trigésimo primero dijo: —Me llaman Efesikireth, y provocho enfermedades crónicas. Si arrojas sal frotada en la mano dentro de aceite y unes al enfermo con ella, diciendo: «¡Serafines, Querubines, ayudadme!», al instante me retiro.

102. El trigésimo segundo dijo: —Me llaman Ictión. Paralizo los músculos y los contundo. Si oigo: «¡Adonaet, ayuda!», al instante me retiro.

103. El trigésimo tercero dijo: —Me llaman Agconionte. Me escondo entre pañales y en el precipicio. Y si alguien escribe en hojas de higuera «Licurgo», quitando una letra cada vez, y lo escribe invirtiendo las letras, al instante me retiro. «Licurgo, icurgo, curgo, urgo, rgo, go, o[123]».

104. El trigésimo cuarto dijo: —Me llaman Autotit. Provoco rencores y peleas. Por eso me frustra el Alfa y la Omega, si se escriben.

105. El trigésimo quinto dijo: —Me llaman Ftenot. Echo mal de ojo a todo hombre. Por eso, el ojo muy sufrido, si se dibuja, me frustra.

106. El trigésimo sexto dijo: —Me llaman Bianacit. Tengo rencor contra el cuerpo. Arruino las casas, hago que la carne se pudra, y todo lo semejante. Si un hombre escribe en la puerta principal de su casa: «Melto, Ardu, Anaat», huyo de ese lugar.

107. Y yo, Salomón, cuando oí todo esto, glorifiqué al Dios del cielo y de la tierra. Y les ordené que trajeran agua al Templo de Dios. Y además oré al Señor Dios para que los demonios que andan por fuera, y que estorban a la humanidad, fueran encadenados y obligados a acercarse al Templo de Dios. A algunos de estos demonios los condené a realizar el pesado trabajo de la construcción del Templo de Dios. A otros los encerré en prisiones. A otros les ordené luchar con el fuego en la (fabricación) de oro y plata, sentados junto al plomo y a la cuchara. Y preparar lugares para los demás demonios en los que pudieran ser confinados.

108. Y yo, Salomón, tuve mucha tranquilidad en toda la tierra, y viví en paz profunda, honrado por todos los hombres y por todos los que hay bajo el cielo. Y edificué todo el Templo del Señor Dios. Y mi reino fue próspero, y mi ejército estaba conmigo. Y además la ciudad de Jerusalén gozó de reposo, regocijándose y deleitándose. Y todos los reyes de la tierra vinieron a mí desde los confines de la tierra para contemplar el Templo que edificué al Señor Dios. Y habiendo oído hablar de la sabiduría que me fue dada, me rindieron homenaje en el Templo, trayendo oro y plata y piedras preciosas,

muchas y diversas, y bronce, y hierro, y plomo, y troncos de cedro. Y maderas que no se pudren me trajeron para el equipamiento del Templo de Dios.

109. Y entre ellos también la reina del Sur, que era hechicera[124], vino con gran preocupación y se postró en tierra ante mí. Y habiendo escuchado mi sabiduría, glorificó al Dios de Israel, y sometió formalmente a prueba toda mi sabiduría, todo el amor en que la instruí, conforme a la sabiduría que me había sido impartida. Y todos los hijos de Israel glorificaron a Dios.

110. Y he aquí que en aquellos días uno de los obreros, de avanzada edad, se arrojó a mis pies y dijo: —Rey Salomón, ten compasión de mí, pues soy anciano. Así que le mandé levantarse y le dije: —Dime, anciano, todo lo que quieras. Y él respondió: —Te suplico, rey: tengo un hijo único, y me insulta y golpea en público, me arranca los cabellos de la cabeza y me amenaza con una muerte dolorosa. Por eso te suplico que me hagas justicia.

111. Y yo, Salomón, al oír esto, sentí compunción al contemplar su vejez; y ordené que me trajeran al muchacho. Y cuando lo trajeron, le pregunté si era verdad. Y el joven dijo: —No estaba tan lleno de locura como para golpear a mi padre con la mano. Sé indulgente conmigo, oh rey. Pues no me he atrevido a cometer semejante impiedad, desgraciado de mí. Pero yo, Salomón, al oír esto del joven, exhorté al anciano a reflexionar sobre el asunto y aceptar las disculpas de su hijo. Sin embargo, él no cedió, y dijo que prefería que muriera. Y como el anciano no cedía, estaba yo a punto de pronunciar sentencia contra el joven, cuando vi que el demonio Ornias se reía. Me enfurecí mucho por la risa del demonio en mi presencia; y ordené a mis hombres que apartaran a las otras partes y trajeran a Ornias ante mi tribunal. Y cuando fue traído ante mí, le dije: —Maldito, ¿por qué me mirabas y te reías? Y el demonio respondió: —Te lo ruego, rey, no fue por ti por quien me reí, sino por este desdichado anciano y por su desventurado hijo. Pues al cabo de tres días su hijo morirá antes de tiempo; y he aquí que el anciano desea deshacerse de él de mala manera.

112. Pero yo, Salomón, habiendo oído esto, dije al demonio: —¿Es verdad lo que dices? Y él respondió: —Es verdad, oh rey. Y yo, al oír esto, mandé que apartaran al demonio y que de nuevo hicieran comparecer ante mí al anciano con su hijo. Les mandé que hicieran las paces el uno con el otro, y les proporcioné alimento. Y luego dije al anciano que al cabo de tres días me trajera a su hijo de nuevo; «y», dije, «yo me ocuparé de él». Y me saludaron y se marcharon.

113. Y cuando se fueron, mandé que trajeran a Ornias ante mí, y le dije: —Dime cómo lo sabes. Y él respondió: —Nosotros, los demonios, ascendemos al firmamento del cielo, y volamos entre las estrellas. Y escuchamos las sentencias que se pronuncian sobre las almas de los hombres, y enseguida venimos, y ya sea por la fuerza del influjo[125], ya sea por el fuego, por la espada o por algún accidente, encubrimos nuestro acto de destrucción; y si un hombre no muere por algún desastre intempestivo o por violencia, entonces los demonios nos transformamos de tal manera que nos aparecemos a los hombres y somos adorados en nuestra naturaleza humana.

114. Así pues, habiendo oído esto, glorifiqué al Señor Dios, y de nuevo pregunté al demonio: —Dime cómo podéis ascender al cielo siendo demonios, y mezclaros entre las estrellas y los santos ángeles. Y él respondió: —Al igual que las cosas se cumplen en el cielo, así también en la tierra se cumplen los tipos[126] de todas ellas. Pues hay principados, autoridades, rectores del mundo[127], y nosotros, los demonios, volamos por el aire; y escuchamos las voces de los seres celestiales, y contemplamos todos sus poderes. Y como no tenemos suelo (base) en que aterrizar y descansar, perdemos fuerzas y caemos como hojas de los árboles. Y los hombres que nos ven se imaginan que las estrellas caen del cielo. Pero en realidad no es así, oh rey; sino que nosotros caemos a causa de nuestra debilidad, y porque no tenemos nada a qué agarrarnos en ninguna parte; y así caemos como relámpagos[128] en la profundidad de la noche y de repente. Y ponemos las ciudades en llamas y prendemos fuego a los campos. Pues las estrellas tienen cimientos firmes en el cielo, como el sol y la luna.

115. Y yo, Salomón, habiendo oído esto, ordené que el demonio fuera vigilado durante cinco días. Y tras los cinco días llamé de nuevo al anciano, y me disponía a interrogarlo. Pero él vino a mí afligido y con el rostro sombrío. Y le dije: —Dime, anciano, ¿dónde está tu hijo? ¿Y qué significa ese atavío? Y él respondió: —He quedado sin hijos, y me siento junto a la tumba de mi hijo en la desesperación. Pues ya hace dos días que está muerto. Pero yo, Salomón, al oír esto, y sabiendo que el demonio Ornias me había dicho la verdad, glorifiqué al Dios de Israel.

116. Y la reina del Sur vio todo esto y se maravilló, glorificando al Dios de Israel; y contempló el Templo del Señor en construcción. Y dio un siclo[129] de oro y cien miríadas de plata y bronce de buena elección, y entró en el Templo. Y (contempló) el altar del incienso y los soportes de bronce (*ἀναφόρους*) de este altar, y las gemas de las lámparas que centelleaban de distintos colores, y el candelabro de piedra, y de esmeralda, y de jacinto, y de zafiro; y contempló los vasos de oro, y plata, y bronce, y madera, y los pliegues de pieles teñidas de rojo con rubia. Y vio las bases de los pilares del Templo del Señor. Todos eran de un mismo oro...[130] aparte de los demonios a quienes yo condené a trabajar. Y había paz en el círculo de mi reino y en toda la tierra.

117. Y ocurrió que, estando yo en mi reino, el rey de los árabes, Adares, me envió una carta, y el texto de la carta decía lo siguiente:

«Al rey Salomón, todo salud. He aquí que hemos oído, y ha llegado a oídos de todos los confines de la tierra, acerca de la sabiduría que te ha sido concedida, y que eres un hombre misericordioso del Señor. Y te ha sido otorgado el entendimiento de todos los espíritus del aire, y en la tierra, y bajo la tierra. Ahora bien, en vista de que hay presente en tierra de Arabia un espíritu del siguiente tipo: desde el primer alba empieza a soplar un cierto viento hasta la hora tercia. Y su soplo es áspero y terrible, y mata a hombres y bestias. Y ningún espíritu puede vivir en la tierra contra este demonio. Te ruego, pues, ya que el espíritu es un viento, que ideas algo conforme a la sabiduría que en ti ha puesto el Señor tu

Dios, y te dignes enviar a un hombre capaz de capturarlo. Y he aquí que yo, rey Salomón, yo y mi pueblo y toda mi tierra te serviremos hasta la muerte. Y toda Arabia estará en paz contigo si realizas este acto de justicia para con nosotros. Por eso te rogamos que no desdeñes nuestra humilde petición, y no permitas que sea totalmente destruida la eparquía sometida a tu autoridad. Pues somos tus suplicantes, yo y mi pueblo y toda mi tierra. Salud a mi señor. ¡Toda la salud!»

118. Y yo, Salomón, leí esta carta; y la doblé y la di a mi gente, y les dije: —Dentro de siete días me recordaréis esta carta. Y Jerusalén estaba edificada, y el Templo se estaba concluyendo. Y había una piedra[131], la piedra final de la esquina, allí puesta, grande, escogida, que yo deseaba colocar a la cabeza del ángulo para la conclusión del Templo. Y todos los obreros, y todos los demonios que los ayudaban, fueron al mismo lugar a subir la piedra y colocarla en el pináculo[132] del santo Templo, y no tenían fuerzas para moverla y colocarla en el ángulo que le correspondía. Pues aquella piedra era excepcionalmente grande y útil para el ángulo del Templo.

119. Y pasados los siete días, habiéndome recordado la carta de Adares, rey de Arabia, llamé a mi siervo y le dije: —Prepara tu camello y lleva contigo un odre de cuero, y lleva también este sello. Y vete a Arabia, al lugar en que sopla el espíritu maligno; y allí toma el odre, y el sello con el anillo delante de la boca del odre, y (ponlos) hacia el soplo del espíritu. Y cuando el odre esté hinchado, comprenderás que el demonio está (dentro). Entonces ata rápidamente la boca del odre, y ciérralo bien con el sello del anillo, y ponlo cuidadosamente sobre el camello y tráelo aquí. Y si en el camino te ofrece oro o plata o un tesoro a cambio de que lo dejes ir, no te dejes persuadir. Pero acuerda sin juramento dejarlo libre. Y luego, si te señala los lugares donde hay oro o plata, márcalos y séllalos con este sello. Y tráeme el demonio. Y ahora vete, y que te vaya bien.

120. Entonces el joven hizo lo que se le había mandado. Y preparó su camello, le puso encima un odre, y partió hacia Arabia. Y la gente de aquella región no creía que pudiera capturar al espíritu maligno. Y al amanecer, el siervo se puso de pie ante el soplo del espíritu y puso el odre en el suelo, con el anillo en la boca del odre. Y el demonio sopló por el centro del anillo hacia la boca del odre, y al entrar hinchó el odre. Pero el hombre se plantó enseguida ante él y apretó con la mano la boca del odre, en el nombre del Señor Dios de Sabaot. Y el demonio quedó dentro del odre. Y tras eso el joven se quedó en aquella tierra tres días a modo de prueba. Y el espíritu ya no sopló sobre aquella ciudad. Y todos los árabes supieron que había encerrado bien al espíritu.

121. Entonces el joven ató el odre sobre el camello, y los árabes lo despidieron con mucha honra y preciosos presentes, alabando y glorificando al Dios de Israel. Y el joven trajo el saco y lo colocó en medio del Templo. Y al día siguiente yo, el rey Salomón, fui al Templo de Dios y me senté sumamente preocupado por la piedra del ángulo extremo. Y cuando entré en el Templo, el odre se irguió y caminó unos siete pasos, y luego cayó sobre la boca y me rindió homenaje. Y me maravillé de que incluso dentro del odre el demonio siguiera teniendo poder y pudiera caminar; y le ordené que se pusiera de pie. Y el odre se irguió y quedó en pie todo hinchado. Y le pregunté: —Dime quién eres. Y el espíritu de dentro dijo: —Soy el demonio llamado Efippas, que está en Arabia. Y yo le dije: —¿Es este tu nombre? Y respondió: —Sí; allí donde quiero me poso y prendo fuego y doy la muerte.

122. Y yo le dije: —¿Por qué ángel eres frustrado? Y él respondió: —Por el único Dios soberano, que tiene autoridad sobre mí hasta el punto de ser oído. Él que ha de nacer de una virgen y ser crucificado por los judíos en una cruz. A quien adoran ángeles y arcángeles. Él me frustra, y me debilita en la gran fortaleza que mi padre el diablo me ha dado. Y yo le dije: —¿Qué puedes hacer? Y él respondió: — Soy capaz de mover montañas, de echar por tierra los juramentos de los reyes. Seco los árboles y hago que se caigan sus hojas. Y yo le dije: —¿Puedes levantar esta piedra y colocarla para el comienzo

de este ángulo que existe en el hermoso plano del Templo[134]? Y él dijo: —No solo levantaré esta, oh rey; sino que además, con la ayuda del demonio que preside el mar Rojo, traeré el pilar de aire[135], y lo dejaré en pie donde tú quieras en Jerusalén.

123. Diciendo esto, puse énfasis en él, y el odre quedó como si hubiera perdido el aire. Y lo puse bajo la piedra, y (el espíritu) se ciñó y la levantó encima del odre. Y el odre subió los escalones, llevando la piedra, y la dejó en la cabecera de la entrada del Templo. Y yo, Salomón, contemplando la piedra levantada en alto y puesta sobre sus cimientos, dije: —Verdaderamente se cumple la Escritura que dice: «La piedra que los constructores rechazaron en la prueba, esa misma se convirtió en la cabeza del ángulo». Pues esto no me corresponde a mí otorgarlo, sino a Dios, que el demonio haya tenido fuerza suficiente para levantar una piedra tan grande y depositarla en el lugar que yo quería.

124. Y Efippas condujo al demonio del mar Rojo con la columna. Y entre los dos tomaron la columna y la levantaron en alto desde la tierra. Y yo engañé a ingenié la manera de someter[136] a estos dos espíritus para que no pudieran sacudir toda la tierra en un instante. Y luego sellé alrededor con mi anillo por este lado y por el otro, y dije: —¡Vigilad! Y los espíritus han permanecido sosteniéndola hasta el día de hoy, como prueba de la sabiduría que me fue concedida. Y allí quedó el pilar colgado, de tamaño enorme, en el aire, sostenido por los vientos. Y así los espíritus aparecían debajo, como aire, sosteniéndolo. Y si uno lo mira fijamente, el pilar está un poco ladeado, pues los espíritus lo sostienen; y así es hasta hoy.

125. Y yo, Salomón, interrogué al otro espíritu, que había subido con el pilar desde las profundidades del mar Rojo. Y le dije: —¿Quién eres tú, y qué te convoca? ¿Y cuál es tu ocupación? Pues he oído muchas cosas sobre ti. Y el demonio respondió: —Yo, oh rey Salomón, me llamo Abezitibod. Soy descendiente de arcángel. Una vez, estando yo sentado en el primer cielo, cuyo nombre es Ameleut —soy, pues, un espíritu feroz y alado, con una sola ala[137], que conspiro contra todo espíritu bajo el cielo—, estuve presente cuando

Moisés fue ante el Faraón, rey de Egipto, y endurecí su corazón. Soy yo a quien Jannes y Jambres invocaron afincándose[138] con Moisés en Egipto. Soy yo quien combatió contra Moisés[139] con prodigios[140] y señales.

126. Le dije, pues: —¿Cómo fuiste a dar al mar Rojo? Y él respondió: —En el éxodo de los hijos de Israel endurecí el corazón del Faraón. Y excité su corazón y el de sus ministros. Y los incité a perseguir a los hijos de Israel. Y el Faraón me siguió (a mí) con todos los egipcios. Entonces estuve presente allí, y juntos seguimos adelante. Y todos llegamos hasta el mar Rojo. Y ocurrió que cuando los hijos de Israel hubieron cruzado, el agua volvió y cubrió a toda la hueste de los egipcios y a toda su fuerza. Y yo quedé en el mar, retenido bajo este pilar. Pero cuando vino Efippas, enviado por ti, encerrado en el recipiente de un odre, me sacó de allí y me trajo ante ti.

127. Yo, pues, Salomón, habiendo oído esto, glorifiqué a Dios y conjuré a los demonios a no desobedecerme, sino a continuar sosteniendo el pilar. Y ambos juraron, diciendo: —Vive el Señor tu Dios, no soltaremos este pilar hasta el fin del mundo. Pero el día que esta piedra caiga, ese será el fin del mundo[141].

128. Y yo, Salomón, glorifiqué a Dios, y adorné el Templo del Señor con todo lo que resulta hermoso a la vista. Y me alegré en mi espíritu en mi reino, y hubo paz en mis días. Y tomé mujeres de mi pueblo de cada tierra, y fueron innumerables. Y marché contra los jebuseos, y allí vi a una jebusea, hija de un hombre; y me enamoré perdidamente de ella, y quise tomarla por esposa junto a mis demás mujeres. Y dije a sus sacerdotes: —Dadme en matrimonio a la sunamita[142]. Pero los sacerdotes de Moloc me dijeron: —Si amas a esta doncella, ve a adorar a nuestros dioses, al gran dios Rafán y al dios llamado Moloc. Yo estaba por ello temeroso de la gloria de Dios, y no me dejé llevar a adorarlos. Y les dije: —No adoraré a un dios extraño. ¿Qué propuesta es esta, que me obligáis a hacer algo así? Pero ellos dijeron: —...[143] por nuestros padres.

129. Y cuando respondí que de ningún modo adoraría a dioses extraños, le dijeron a la doncella que no durmiera conmigo hasta que yo cediera y sacrificara a los dioses. Entonces me turbé, pero el astuto Eros trajo y puso junto a ella para mí cinco langostas, diciendo: «Coge estas langostas y machácalas juntas en el nombre del dios Moloc; y entonces dormiré contigo». Y esto lo hice en efecto. Y al instante el Espíritu de Dios se apartó de mí, y me quedé tanto debilitado como sin juicio en mis palabras. Y después de eso me vi obligado por ella a edificar un templo de ídolos a Baal[144], y a Rafa, y a Moloc, y a los demás ídolos.

130. Entonces yo, miserable de mí, seguí su consejo, y la gloria de Dios se apartó del todo de mí; y mi espíritu quedó ensombrecido, y me convertí en juguete de los ídolos y de los demonios. Por eso escribí este Testamento, para que vosotros, los que lo consigáis, oréis y atendáis a las postrimerías[145] y no a las primicias. Para que alcancéis la gracia por los siglos de los siglos. Amén.

Notas

[1] Véase Orígenes, *c. Celsum*, VIII, 58.

[2] *ἀρχοντικὰς μορφάς*

[3] *βαρβαρικῶν δαιμόνων.*

[4] *γοητεία.*

[5] En el libro *De Annis Climactericis*, al final.

[6] *σύνεσις καὶ σοφία.*

[7] ¿Es posible que Orígenes interpretara erróneamente el diagrama, y que los ángeles cuyos nombres estaban escritos junto a los demonios de forma animal fueran los poderes de contrapeso que podían frustrarlos y defender a los hombres de ellos?

[8] *ὑπέταξε.* Esta es la palabra usada en el Nuevo Testamento para significar el dominio sobre los demonios.

[9] *ἀερίων ἐπιγείων καὶ καταχθονίων*. La misma clasificación en Fil 2, 10, excepto que Pablo usa «celestial» en lugar de «aéreo».

[10] *ἐξουσίαι*. Usado regularmente en el Nuevo Testamento en el mismo sentido; p. ej., Col 1, 13 y 1, 16.

[11] *καταργοῦνται*, que en el texto traduzco por lo general como «frustrar», es la palabra usada por Pablo *passim* en el sentido de «anular», «reducir a nada», una potencia siniestra.

[12] *πρωτομαίστος*. El significado de esta palabra es solo conjetural.

[13] Así también en Mc 9, 18 se dice del muchacho endemoniado que se consume o seca (*χηραίνεται*). Un espíritu vampírico o *στρίχ* chupaba de igual modo la sangre vital de su víctima.

[14] Escrito «Sabaod» en el MS.

[15] Es decir, cinco A entrelazadas: ☆. El símbolo está grabado por C. W. King en su libro sobre los gnósticos, segunda edición, Lámina O, n.º 1.

[16] *χαλεπόν*. Literalmente, «difícil de tratar». El mismo epíteto se aplica en Mt 8, 28 a los endemoniados de Gadara.

[17] *ἐκράυγασε λέγων*, expresión común en el Nuevo Testamento.

[18] Leyendo *καιομένους* por *κειμένους*.

[19] Aquí el texto inserta las palabras *εἰ ζωδίω κέκληται*, que quizás se hayan colado desde el margen, siendo *κέκληται* una corrupción de *ὑπόκειται*. Parece haber aquí una laguna.

[20] O «ningún hipnotismo».

[21] Mitra era representado como un león.

[22] El sentido requiere más bien una traducción equivalente a: «tengo bajo mi mando a todos...».

[23] En el folclore antiguo y moderno, el genio o espíritu maligno teme al hierro.

[24] ἔρριψεν τὴν μοῖραν ἐπὶ τῆς γῆς. La misma palabra *μοῖρα* se usa más abajo. También los ángeles, lo mismo que los demonios, tienen sus «destinos», en los que desde toda la eternidad estaba escrito qué poderes podían ejercer. La misma idea aparece en las *Mil y una noches*.

[25] ἀνέκραχε φωνῆ μεγάλη. Las palabras aparecen en Lc 4, 33. Cf. ἀνεβόησεν φωνῆ μεγάλη, LXX, 1 Sam 28, 12.

[26] τὸν ἄρχοντα τῶν δαιμονίων. En Mt 9, 34; 12, 24; Mc 3, 22; Lc 11, 15, Belzebú es descrito en los mismos términos.

[27] τὴν τῶν σοφῶν πάρεδρον σοφίαν. Cf. Sab 9, 4: τὴν τῶν σῶν θρόνων πάρεδρον σοφίαν, donde *σοφῶν* es posible como lectura alternativa. La sabiduría es considerada en el Testamento como un poder divino inmanente en Salomón, del mismo modo que posteriormente en Jesús. Al final del Testamento se la llama «el Espíritu de Dios».

[28] ἀκάθαρτα πνεύματα. Así también en el Nuevo Testamento.

[29] Véase Orígenes, *c. Celsum*, VI, cap. 30.

[30] Leyendo *δέρμα* por *δεσμά*.

[31] La palabra *σεβωματο*, que aquí aparece en el texto, es oscura. Quizás subyazca ἰατῆρ, *shabtai*, es decir, Saturno, transcrito *Σέβεται* en un papiro griego Bibl. Nat. li. 2501. Véase Schwab, *sub voce*.

[32] Véase nota 2 en p. 28.

[33] En el margen está escrito «gusanos».

[34] El sentido me resulta oscuro. Quizás deba traducirse «con fines conmemorativos».

[35] Leyendo *βολβίτου* por *μολύβδου*. Para el demonio nacido de un eco tenemos un análogo en el hebreo *Bath Kol*, «la hija de una voz». En el Himno gnóstico a Hermes, editado por Dieterich, *Abraxas*, p. 19, leemos, v. 104: ὁ θεὸς ἔφη τῷ ἰσχυρῷ· σὺ μὲν ἀπὸ ποππισμοῦ τυγχάνεις, οὗτος δὲ ἐξ ἤχους.

[36] *διέρχη*. Para la palabra cf. Orígenes, *c. Celsum*, VI, 31: *παροδεύω τήν σήν ἐλεύθερος πάλιν ἐξουσίαν ... τὸν διελθόντα τὸν Ἰαλδαβαῶθ*.

[37] O quizás «a través de ti», tomando *ἐν σοί* como hebraísmo.

[38] Los datos sobre Asmodeo están tomados claramente del apócrifo de Tobías.

[39] Justino Mártir, Tertuliano, Orígenes y la mayoría de los Padres primitivos ofrecen la misma explicación del origen del politeísmo: que los demonios llevaron a los hombres a considerarlos dioses.

[40] El conocimiento de los nombres de los ángeles era parte del saber secreto de los esenios, según Josefo.

[41] *οὐδὲν ἕτερον* puede ser, como señala Bornemann (*Zeitschr. für die Hist. Theol.* N. F. VIII, 1844), una corrupción de *οὐδὲν ἔτυμόν*, «nada genuino».

[42] *μὴ με κατακρίνης εἰς ὕδωρ*. Cf. Mc 5, 7-13. Ciertos espíritus preferían los lugares áridos y desiertos.

[43] *μετὰ καλαμίου στύρακος λύων*.

[44] Cf. Gén 6, 4; libro de Enoc, cap. 7.

[45] *στηρίζω*, uso frecuente en la LXX.

[46] *ἐκλεκτοὺς δούλους*.

[47] *αἰρέσεων κακῶν*.

[48] El texto debe de estar errado, pues Emanuel es el nombre hebreo. La suma 644 se obtiene sumando los números griegos. Cf. nota 4, p. 30.

[49] Se habla de mármol pentélico en Estrabón, pero la referencia en el texto puede ser a Tebas en Egipto.

[50] Quizás los «bulbos marinos» fueran las bolas de textura similar al pelo que el mar arroja en las costas mediterráneas, p. ej. en Túnez.

[51] *έν σεισμῶ*. Quizás deba leerse *έν εἰρμῶ*, «en fila».

[52] *καθαρός ὢν*. Para la condición aquí exigida cf. Dieterich, *Abraxas*, p. 141, donde en una invocación se insiste de igual modo en la pureza ritual.

[53] *σιώπα μοι ἕως τούτου*. Así también Lc 22, 51: *ἔατε ἕως τούτου*.

[54] *ὡς ἐπὶ πολὺ* figura en el texto, pero la expresión parece carecer de sentido en el contexto.

[55] Para el uso de la saliva con el fin de producir una curación u otro efecto de manera mágica, cf. Mc 7, 33 y 8, 23. En Jn 9, 6 leemos que Jesús «escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos». De este uso mágico de la saliva ofrece Plinio, en su *Historia Natural*, numerosos ejemplos. Era frecuente en la Antigüedad.

[56] *τέφρας*.

[57] Leyendo *σπάσματα* por *σφάλματα*.

[58] Cf. Hch 4, 7: *έν ποία δυνάμει ἢ έν ποίῳ ὀνόματι ἐποιήσατε τοῦτο ὑμεῖς*; y Pedro responde: *έν τῷ ὀνόματι Ἰησοῦ Χριστοῦ τοῦ Ναζωραίου*.

[59] Las Pléyades parecen ser las referidas. Cf. Job 38, 31, en la Versión Revisada: «¿Puedes atar el grupo de las Pléyades?». Tenían influencia maligna. La agrupación de espíritus malignos de siete en siete es frecuente en el folclore babilónico y judío. Sin embargo, es posible que los Siete Planetas sean aquí los referidos; aunque esto es poco probable, pues no coinciden con la descripción dada.

[60] Rom 15, 6 tiene la misma expresión: *ὁμοθυμαδὸν έν ἐνὶ στόματι*. Para «treinta y tres» debe leerse «treinta y seis» elementos. Obsérvese que más adelante en el Testamento estos siete espíritus no están entre los Cosmocratores, prueba de que el documento que tenemos es una obra compuesta.

[61] Pablo habla de los Cosmocratores en Ef 6, 12: «Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los rectores de este mundo de las tinieblas»; *πρὸς τοὺς κοσμοκράτορας τοῦ σκότους αἰῶνος τούτου*. Véase Iren., *Haer.*, I, i, 10.

[62] Fabricius, *Cod. Pseudepigr. V. T.*, vol. I, p. 1047, lee Kloton, que debe de ser equivalente a *Κλώδων*, que Hesiquio explica así: *Κλώδωνας τὰς μιμαλλόνας, μαινάδας, βάκχας*.

[63] En el Testamento de Simeón, cap. 3, se menciona *πνευμάτων τῆς πλάνης*.

[64] Véase 1 Re 2, 25.

[65] Una referencia a la necromancia, cuyo objetivo era obligar al espíritu del muerto a entrar en uno mismo.

[66] *κελευστῶ ἀρτέμιδος δεσμούς* en el MS. He adoptado la sugerencia de Fleck: *κελεύσω*.

[67] Esto hace referencia al episodio final narrado en el Testamento: el sacrificio por Salomón de cinco langostas a Moloc. Taciano, *Orat. ad Graecos*, cap. 12, habla de *Ἄρτεμις μάγος*. Ella es la misma que Hécate.

[68] Este parece el sentido de *ἐνοδαίαις*, a no ser que se sobrentienda *θεαῖς* o *δαίμοσιν*, *trivialibus dis*, «a los demonios de la encrucijada». Hécate era una diosa así; y en *C. I.* 26 encontramos la mención de un *δαίμων ἐνοδία*, el Trivia latino. Como sustantivo, el neutro plural *ἐνόδια* = ampollas causadas por caminar, en Teofrasto, *Sud.* 15.

[69] O «del Oriente».

[70] Bornemann conjetura *φύλαξ*, «un guardián o vigilante». Pero el ángel Iax reaparece más abajo en § 86.

[71] El MS. tiene *ἐξηχίαν*, una *vox nihili*. ¿Puede significar «la que nació del eco» (véase más arriba, p. 19, n. 8)?

[72] *ράβδος*.

[73] πράσινον.

[74] μετασαλευόμενον.

[75] El texto parece corrompido aquí.

[76] βριέω. Bornemann sugiere Briareo como la lectura correcta, pero con poca probabilidad, ya que Briareo no habría sido convertido en ángel.

[77] δεκτικός parece llevar aquí este sentido, como también en el fragmento de un comentario muy antiguo sobre el *Pastor de Hermas* en los papiros de Oxirrinco, parte i, de Grenfell y Hunt, 1898, p. 9: δοχῆ δεκτικόν ἐστίν (sc. τὸ προφητικὸν πνεῦμα). Las moradas son las personas de las que el espíritu, bueno o malo, se apodera.

[78] ῥαδινός, «esbelto y ahusado», es la sugerencia de Bornemann, por cuanto un «bastón» podría ser así.

[79] δύναμις es la palabra usada, que yo traduzco como «hueste».

[80] κρηνοβαπίσει. La alusión es a los cerdos de Gadara.

[81] ἐν δὲ τοῖς τρισὶ χαρακτῆρσι καταγούσαι(ς) περιηχούμενον. Los tres caracteres son aparentemente los números 644: χ'μ'δ'.

[82] τριβολαῖος. El τρίβολος era un instrumento de tres puntas, arrojado al suelo para herir los cascos de los caballos.

[83] βωβά, palabra desconocida.

[84] ὑπόδυνα es una palabra de sentido dudoso.

[85] ἄκωλος puede llevar este sentido.

[86] Es decir, el Gólgota. La antigua leyenda sostenía que el cráneo de Adán reposaba en ese lugar, y que la cruz fue plantada sobre él.

[87] πορφυροδανόμενος. El significado de la última parte de este compuesto es desconocido.

[88] κορυφή.

[89] Aquí parece que la cabeza griega de Medusa ha sido transformada en un demonio.

[90] La *Sophía*, identificada por Filón y los primeros Padres con el *Logos*, se supone que entró en Salomón y tomó posesión de él, del mismo modo que después lo hizo con Jesús.

[91] *σταματίζω*, verbo desconocido.

[92] *χαλεπόν*.

[93] Bornemann (*Zeitschr. f. d. Hist. Theol.* 1844, p. 38) da el cálculo de cifras: ρ = 100; α = 1; φ = 500; α = 1; η = 8; λ = 30. Total: 640.

[94] *πτεροδράκων*, palabra no recogida en los léxicos.

[95] *τὰ δὲ διὰ πυρός*.

[96] *μαγευομένη*.

[97] *τὸ μὲν τοῦ στοιχείου μέτρον*, quizás «el lugar o tamaño del cuerpo celeste».

[98] Leyendo *χωρῆσαι* por *χωρίσαι*.

[99] *διαρραγήσεται*. Conjeturo el sentido que la palabra debe llevar en este contexto.

[100] *χμδ*.

[101] Esta profecía se corresponde aproximadamente con la que Lactancio, *Instit. Div.*, lib. IV, cap. 18, cita de un apócrifo Libro de Salomón.

[102] Cf. Judas 13: *κύματα ἄγρια θαλάσσης ἐπαφρίζοντα... αἰσχίνας*. Que Judas no se permite aquí una mera metáfora resulta claro de las palabras que siguen: *ἀστέρες πλανῆται*, que encierran la creencia detallada en el Testamento de Salomón, p. 40.

[103] *σκέψιν? σκῆψιν*, «descenso, o asalto espiritual».

[104] Leyendo *κύματα* por *καύματα*.

[105] Cf. Plinio, *Nat. Hist.* 24. 74: «*Cynosbaton, alii Cynospaston, alii neurospaston vocant; folium habet vestigio hominis simile. Fert et uvam nigram, in cuius acino nervum habet, unde neurospastos dicitur.*» La forma humana se revelaba en la huella del pie, a la que la hoja se asemejaba.

[106] *βασανίζεις*. Cf. Mt 8, 6. 29; 14, 24; Mc 5, 7.

[107] *δοχὰς δέκα ἀναμετρητῶν β.* Cf. Jn 2, 6: *χωροῦσαι ἀνά μετρητὰς δύο ἢ τρεῖς.*

[108] *ἀγγείου πορ ἀγγέλου.*

[109] *καταδουλισμένον.*

[110] *όχικόν.* Véase Gén 6, 4.

[111] *στοιχεῖον.*

[112] Ap 9, 4; 13, 16-17.

[113] *όμοθυμαδόν μιᾷ φωνῇ:* Hch 2, 1.

[114] *κοσμοκράτορες.* Cf. Pablo, Ef 6, 12; Orígenes, *c. Celsum*, VIII, 58.

[115] *δέκανος.*

[116] *τούς ἐν τῇ ὥρᾳ μου κειμένους.*

[117] *ήμικράνοες (sic).*

[118] Parece haber aquí una laguna.

[119] Los términos médicos griegos que figuran en el texto griego se encuentran en Hipócrates, Galeno y Celio Aureliano.

[120] Plinio, *Nat. Hist.* XX, 20, señala el mismo uso del cilantro: «*Seminis grana tria in tertianis devorari iubent aliqui ante accessionem, vel plura illini fronti.*» El Testamento pertenece evidentemente a la época de Plinio.

[121] Debe haber aquí una laguna en el texto.

[122] Una referencia gnóstica. Justo arriba se mencionaban «once padres».

[123] *βοτρυδόν*, por lo que Bornemann conjetura *βουστροφηδόν*. Existe un paralelo en un papiro mágico editado por Dieterich (*Abraxas*, p. 185).

[124] *γόης*.

[125] *δυναστεία*.

[126] Cf. Heb 8, 5.

[127] Cf. Rom 8, 38.

[128] Lc 10, 18: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo». Judas 13: *ἀστέρες πλανήται οἷς ὁ ζόφος τοῦ σκότους εἰς τὸν αἰῶνα τετήρηται*.

[129] Un siclo. Filón tiene la forma *σίκλις*, I, 468. *σίγλος* es la ortografía habitual en la LXX.

[130] Parece haber aquí una laguna en el MS.

[131] *λίθος ἀκρογωνιαῖος κείμενος μέγας ἐκλεκτός, ὄντινα ἐβουλόμην θεῖναι εἰς τὴν κεφαλὴν τῆς γωνίας*. Cf. 1 Pe 2, 6-7, que combina del mismo modo el Sal 118, 22 e Is 28, 16. Cf. Mt 21, 42; Mc 12, 10; Lc 20, 17.

[132] *ἐπὶ τὸ πτερύγιον τοῦ ναοῦ*.

[133] Cf. la fe que mueve montañas.

[134] *ἐν τῇ εὐπρεπείᾳ τοῦ ναοῦ*. Bornemann sugiere que se hace referencia a la puerta del Templo llamada Hermosa (Hch 3, 2. 10).

[135] *τὸν ἀερίστην* en el MS. Conjeturo el sentido.

[136] *κατασοφισάμενος ὅτι*. Un poco más abajo conjeturo *μὴ* antes de *ῥόδυναντο*.

[137] *μονόπτερον*.

[138] *οἰκουχῶμενοι* en el MS., una *vox nihili*. Si tuviéramos el apócrifo de Jannes y Jambres, quizás podríamos entender la

referencia.

[139] 2 Tim 3, 8.

[140] Leyendo *τέρασι* por *πέρασι*.

[141] Esta leyenda de la gran piedra angular y de los espíritus que sostienen una columna en el Templo reaparece en los *Hechos georgianos de Nona* del siglo IV. Allí es una enorme columna de madera la que es levantada por intervención de los espíritus, cuando el rey y los obreros no han podido moverla a su lugar. Los espíritus la sostienen en el aire antes de dejarla descender a su sitio.

[142] Cantar 6, 12.

[143] *ωθείς* (sic) figura en el MS.; quizás deba leerse *ταῖς θεαῖς*.

[144] *τῇ βάλ*, femenino. Así también Rom 11, 4.

[145] *τοῖς ἐσχάτοις*. Cf. Ap 2, 19.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB